

MONIKA HOFF
NORAH CARTER
PATRICK NORTON



iiiTienes un

Message!!!

MPN
BOOKS

¡¡¡Tienes un mensaje!!!

NORAH CARTER – MONIKA HOFF –Patrick norton

Con un buen trabajo como funcionaria y con su vida resuelta, Marta ha logrado tener todo lo que quería tras haber salido del orfanato donde la abandonaron de pequeña.

Pero todo se trunca cuando Nelson, su pareja, la abandona por otra. Sumida en la tristeza, se reencuentra con Sam, un antiguo cliente que la ayudará a superar la ruptura. Y no solo eso, si no que permanecerá con ella cuando Marta, tras descubrir la identidad de su madre, va en su búsqueda.

¿Se convertirá una sincera amistad en amor?

Una bonita historia que te hará ver que, quizás, amistad y amor van de la mano.

Título: ¡¡¡Tienes un mensaje!!!

© 2016 Norah Carter—Monika Hoff— Patrick Norton.

Todos los derechos reservados

1ªEdición: Noviembre, 2016.

Es una obra de ficción, los nombres, personajes, y sucesos descritos son productos de la imaginación del autor. Cualquier semejanza con la realidad es pura coincidencia.

No está permitida la reproducción total o parcial de este libro, sin el permiso del autor

Capítulo 1

Olía fuerte a café desde la cama, hacía un buen rato que Nelson se había levantado, pero al ser sábado yo me quise quedar un poco más disfrutando de ella, pero ese olor ya me estaba incitando a ir hacia la cocina. Hacía un día precioso. El sol entraba a raudales por la ventana y eso que todavía no era mediodía. Es lo que tiene vivir en una ciudad como esta, tan llena de vida.

—Buenos días, Nelson, qué bien huele a café, necesito uno urgentemente — me acerqué a él para darle su beso de buenos días.

—Buenos días, Marta, ahora mismo te lo preparo.

En sus palabras vi algo de intranquilidad. Estaba como pensativo, noté que algo no iba bien.

—¿Te pasa algo?

—Tengo que hablar contigo — respondió sin mirar a mis ojos y cogiendo la taza de la cafetera Nespresso.

Se me pasó de todo por la cabeza, porque en los cuatro años que llevábamos de relación jamás me había dicho esa frase. Habíamos sido una pareja feliz y, ¿por qué no decirlo?, éramos la envidia de amigos y muchos de nuestros familiares que habían fracasado en sus relaciones. Me senté en la silla de la barra de la cocina y esperé a que hablara. Fui incapaz de preguntarle qué era lo que sucedía. Temía que una mala noticia pusiera fin a aquella felicidad en la que vivíamos como si estuviésemos recién casados.

—Marta, he conocido a alguien en el trabajo...

Sus palabras se clavaron en mi corazón como puñales. No podía creer nada de lo que estaba escuchando. ¿Cómo podía decirme algo así? ¿Cómo podía decirme algo así y con tanta serenidad? Fui incapaz de mirarlo a la cara, hubo un buen momento de silencio.

El día dejaba de ser maravilloso de repente para mí. Ninguna mujer está preparada para una noticia como esa, para que su marido le suelte a la primera que se ha enamorado de otra persona. Ojalá me hubiera tragado la tierra en aquel instante. Lo peor era verlo allí, parado, sereno, preparándose un café mientras él sabía que me estaba hundiendo en la miseria con aquella frase.

—Llevo varios días intentando contarte esto y no me atrevía. Pero no puedo más, Marta. He intentado quitármela varias veces de la cabeza de mil maneras, pero hoy es imposible y no puedo luchar contra lo que mi corazón ha empezado a sentir por esa persona. Sé que no te lo mereces, pero debo marcharme. No te mereces esto y yo no me merezco estar sufriendo de la forma que lo estoy haciendo — dijo como si se lo hubiese aprendido de memoria y lo hubiese ensayado delante del espejo.

Su voz era suave y su tono sereno parecía quitarle importancia a la gravedad del asunto; aquel tío me estaba jodiendo la vida y estaba tan tranquilo. Yo seguía perpleja. Estaba boquiabierta. No sabía si echarme a reír o ponerme a llorar, o lanzarle la cafetera Nespresso que nos había regalado su primo Asensio a la cabeza para ver si dejaba de decir gilipolleces.

Era incapaz de responderle. No me esperaba que la historia tan bonita de amor que había vivido junto a él se acabase de un plumazo y además que fuese por otra. Tenía ganas de huir, salir corriendo de aquel lugar, pero estaba claro que el que se debía de ir era él.

Menos mal que el piso estaba alquilado a mi nombre y él era el que había elegido separar nuestros destinos. Lo de menos ahora era pensar en el piso, sino en pensar en mi futuro, en el nuestro, que claramente se había roto para siempre. Por mucho que te lo digan, una no es capaz de asimilar que su novio, después de todos estos años, decida abandonarte, dejarte tirada como una colilla.

La decepción, la frustración y odio se iban apoderando de mí, pero también lo hacía un sentimiento de pena hacia mí misma. ¿Qué iba a ser de mí a partir de ahora? Pero la peor pregunta viene después, cuando te paras a pensar un poco y te dices: ¿Cómo fui tan imbécil de no darme cuenta de que estaba

viéndose con otra?

—Comprendo que no me quieras hablar. Ahora recogeré mis cosas y me marcharé. Siento haberte hecho esto, pero no puedo luchar contra mis sentimientos... — dijo de nuevo aquel gilipollas, porque no merece otro nombre, como si estuviera dentro de una película de sobremesa o como si fuera el protagonista de una telenovela venezolana, la madre que lo parió.

Me daban ganas de contestarle que era un cerdo, pero preferí seguir en mi más absoluto silencio y no contestar a nada de lo que me dijese, total, todo lo que dijera no iba a hacer cambiar sus sentimientos.

No iba a convencerlo de nada. Se había preparado perfectamente todo el guión y cada una de las palabras que me iba a decir para que no pudiera contestarle inmediatamente, para que me comiera tan tranquila aquellos cuernos. Además que iba a romper a llorar como una niña pequeña si lo hacía, así que decidí no contestar a nada y que se fuera lo antes posible.

Era lo mejor, porque una tiene su orgullo, una sabe que la vida no se acaba porque un idiota como ese, al que yo había amado, te dice una mañana, tomando café, que todo se ha acabado, que todo un proyecto de vida se tira por la borda gracias a que ese energúmeno ha decidido que se la pelará otra.

Me encendí un cigarro mientras me tomaba el café y él se alejó al dormitorio. Me encanta el café. Lo tomaba desde muy pequeña, a escondidas, sin que las monjas del centro se enterasen. Aprovechaba lo que quedaba en la cafetera después de comer para subirme a un taburete y echarme lo que quedaba en una taza. Las monjas dormían. A veces cogía un chusco de pan y sopaba. Ahora era incapaz de sorber un trago. Ahora el café estaría asociado a aquella ruptura que no me esperaba ni en la peor de mis pesadillas.

Un nudo en el estómago, como consecuencia de los nervios, me impedía seguir tomando aquel café. Qué mierda de día y qué mierda de vida a partir de ahora, porque yo estaba colada por aquel tipo que me había dicho tan ricamente que lo dejábamos porque había conocido a otra de la noche a la mañana.

Escuché cómo sacaba la maleta y abría los cajones de los armarios para llevarse su ropa. Lo tenía decidido y lo había meditado bien. Todo estaba saliendo como él esperaba. No había montado ningún espectáculo, de esos que vienen los vecinos y hasta la policía.

Era evidente que estaba recogiendo sus cosas. Empezó a salir y a entrar de la casa para meter cosas en su coche, imaginé que ya la otra persona lo estaba esperando con los brazos abiertos para recibirlo. Un rato después volvió a entrar a la cocina, dejó las llaves sobre la encimera, miró por la ventana desde donde se veía el Parque de las Naciones, uno de nuestros lugares favoritos, pues, en ese parque, nos habíamos basado tardes enteras, tocándonos, acariciándonos, soñando con que más pronto que tarde tendríamos un trabajo estable y nos compraríamos un piso cerca de allí.

No quiso mirarme a los ojos, solamente quería mirar a la ventana. Yo no sé qué se le estaba pasando por la cabeza.

—Si algún día quieres hablar, tienes mi teléfono — acto seguido salió por las puertas.

Estaba en estado de shock, era incapaz de levantarme de aquella silla, no era capaz de romper a llorar, estaba con la mente ida, tenía ganas de llamar a mi amiga Paula, pero tampoco tenía ganas en estos momentos de hablar mucho sobre ese tema. Además no sabía nada, solo sabía que había conocido a alguien y poco más.

No comprendía como algo tan bonito se acababa de aquella miserable manera. Cuántas veces habíamos hablado de los divorcios de muchos de nuestros amigos que se habían casado felices e ilusionados y nos decíamos que eso a nosotros no nos iba a pasar jamás, porque, además de llevarnos genial, en la cama funcionábamos muy bien.

Un rato después me dirigí hacia la habitación y, al abrir los armarios, comprobé que ya se había llevado absolutamente todo, incluso todos los CDs de música que coleccionaba. Nos encantaba el flamenco y el pop de la movida madrileña. El muy cabrón se había llevado los discos de Alaska y los Pegamoides, los de Radio Futura y una colección que me había regalado de los discos de Camarón.

En la casa no había ni rastro de él, como si nunca hubiese existido. Y yo ahora era un fantasma en aquel piso, una mujer sola, que había recibido un palo bien gordo, así que estaba jodida, pero bien, bien jodida. ¿Quién me lo iba a decir a mí? Yo, que había rechazado a auténticos bollycaos por Nelson, yo, que podía haberme casado con el hijo de un diplomático y haber tenido la vida más que solucionada, elegí a aquel tío que se iba y me dejaba tirada en la cuneta.

A Nelson lo conocí cuando me independicé una vez que dejé el centro en el que había vivido toda mi vida. Conseguí un trabajo de secretaria en un bufete de abogados y por fin me pude ir de aquel lugar que había formado parte de mi vida desde que tenía uso de razón. No tuve una infancia nada fácil. De hecho, puedo decir claramente que no tuve infancia, por lo menos como la que habían tenido mis amigas o el propio Nelson. Aunque sería injusto no decir que las monjas hicieron todo lo que estuvo de su mando porque yo fuese feliz en aquel antiguo convento que el Gobierno y la Iglesia habían convertido en orfanato.

Un año después conocía a Nelson y se vino a vivir conmigo rápidamente, me trataba como su niña pequeña, conociendo mi historia de que nunca había tenido una familia. Al menos desconocía esa parte de mí que nunca quisieron contarme, algo que hizo mucho daño a mi vida los primeros años. ¿Y a quién no? Era tan solo una cría, un pobre ser indefenso que se veía ahora a merced de un destino lleno de dudas.

Pero luego me acostumbré a vivir con ello. Guardaba de mi niñez unas fotos que entregaron conmigo, pero donde salía yo sola, además de una medalla que llevaba grabado por detrás mi nombre y la fecha de nacimiento. Eso es lo único que poseía de mi vida. Esa sensación de soledad y orfandad me acompañaron siempre, así que el hecho de que se marchara Nelson de casa, es cierto que me pilló por sorpresa, pero ya estaba acostumbrada a vivir sola, a que el amor, el afecto y el cariño no fueran parte de mi día a día.

Tras el trabajo en el buffet, me preparé para unas oposiciones en el Ayuntamiento con la suerte de que conseguí una plaza fija. Al menos podía tener un poco estabilizada mi vida ya que solo contaba con el apoyo de mi fiel amiga Paula, pero la vida se estaba encargando de no ponerme fácil mi estabilidad emocional. Lo de Nelson sabía que iba a tardar mucho tiempo en superarlo. Era muy feliz a su lado y el tiempo que había durado nuestra relación, se portó de la mejor de las maneras conmigo.

Un rato más tarde decidí irme a la calle a dar un paseo. Era principios de noviembre y hacía bastante frío, así que me abrigué y me fui de compras por la ciudad. Lo bueno que tenía Madrid era que podías perderte por ella y era lo que me apetecía hacer. Me iría a Callao. Eran solo tres estaciones de metro desde donde yo vivía y no era la primera vez que lo hacía. A Nelson no le gustaba pasear por el centro de Madrid, pero a mí me encantaba hacerlo.

Quería ver gente y me iba a hinchar a comprar ropa en el Primark de la Gran Vía. Hacía poco que lo habían abierto y era una de las tiendas de ropa más grandes de Europa. Con Nelson, solamente fui una vez. Ahora me iba a vengar y me iba a pasar toda la semana desde Gran Vía a Callao y desde Callao a Puerta de Sol. Me iba a gastar el sueldo del mes en una semana. Me daba igual todo.

En ese momento me llamó Paula y dudé en cogerlo mientras iba caminando hacia el centro.

—Hola, Paula — en ese momento comencé a llorar.

—¿Pero qué te pasa, cariño?

—Nelson se ha marchado para siempre — mi voz era temblorosa y casi no podía hablar con el llanto.

Había intentado no venirme abajo, pero tenía que suceder y rompí a llorar, y sentí que era bueno que lo hiciera. Me sentía más aliviada y escuchar la voz de mi amiga me ayudó.

—Dime dónde estás que voy ahora mismo a buscarte.

—Paseando hacia el centro de la ciudad. Voy a salir en Puerta de Sol, en la salida de Metro.

—Espérame en la cafetería de siempre. Llego en veinte minutos.

—Está bien, allí te esperaré.

Sabía que me iba a venir bien estar junto a ella, más que nadie conocía mi vida. Ella nunca me fallaba, pues estaba ahí en los buenos y malos momentos, apoyándome siempre.

Llegué a la cafetería en la que siempre solíamos quedar y me senté en una de las mesas que había fuera en la calle. Había comprado un paquete de tabaco por el camino, hacía años que no fumaba pero en ese momento lo necesitaba, idiota de mí que volvía a caer en el vicio.

Pedí un cappuccino y me encendí un cigarrillo mientras esperaba que mi amiga apareciera pronto para así no tener mucho tiempo para pensar.

—Cariño, ¿cómo estás?

Paula apareció un rato después dándome un abrazo por detrás. Me dio un beso en la mejilla y se separó de mí para sentarse a mi lado. La miré a los ojos y comencé a llorar de nuevo.

—Así que por fin lo hizo, ¿eh? — preguntó Lucía cuando pidió su café.

—¿Hizo el qué? — pregunté sin entender.

—Decirte la verdad.

Me quedé mirando a mi amiga sin saber qué responderle, o yo la estaba entendiendo mal o ella estaba confundida.

—Te dije que Nelson se marchó.

—Es de Nelson de quien te hablo, Marta, ya era hora de que lo vieras.

—No te entiendo...

—No, sé que no lo haces. He intentado hacértelo ver de mil maneras diferentes, a ese tipo lo único que le faltaba era tener un cartel de neón en su frente que pusiera “Te estoy engañando”, dirigido a ti, claro — el camarero llegó y le dejó su café, yo aún no había tocado el mío —. Ciega, así estás — dijo negando con la cabeza.

—¿Tú sabías que me engañaba con otra?! — chillé.

Mierda, no quería levantar la voz, pero me había sorprendido. Carraspeé cuando vi que la gente de alrededor me miraba.

—Yo y todos. La única que no se daba cuenta, ya lo hicieran delante de tus narices, eras tú — siguió Paula —. Es ahora y no quieres verlo...

—Yo creo que no estamos hablando de lo mismo — nada tenía sentido para mí.

—¿Ves? Tú como siempre, en tu burbuja de felicidad, creyendo que tienes el matrimonio feliz mientras tu marido se tiraba a todo bicho viviente.

—Yo...

—No, Marta, piensa en todas las veces que intenté que lo vieras pero no hay más ciego que el que no quiere ver. De todas formas, aunque siento que esa burbuja te haya estallado en toda la cara, me alegro de que por fin haya sucedido.

No podía creer nada de lo que me contaba, ¿de verdad había estado tan ciega? Tenía que ser así, por qué iba a mentirme mi mejor amiga?

—¿Por qué no me lo dijiste? — le pregunté.

—¿Estás segura de que no lo hice? — preguntó mirándome fijamente y con las cejas enarcadas.

—Pues claro, lo recordaría si...

Me callé de repente, recordando la nota que me escribió un día bastante lejano Paula.

—Lo recuerdas, ¿verdad?

—Pero...

—No tienes la culpa de nada, Marta. Pero tampoco te quiero ver derramar una lágrima más por ese gilipollas, al menos no cuando yo esté delante.

Y sé que estás mal, pero mi pregunta es, ¿vas a permitir que se salga con la suya?

Capítulo 2

Me desperté sabiendo que era el primer domingo que iba a pasar sola. Estaba triste pero las palabras de mi amiga Paula me habían dado fuerza para afrontar esta nueva situación a la que me enfrentaba. Por un lado, sentía que había sido demasiado estúpida al dejarme engañar de esa forma tan burda y, por otro lado, pese a la tristeza, quizá romper con aquel imbécil era una forma de comenzar de nuevo. Me esperarían nuevas aventuras en mi vida.

Quizá Nelson me había hecho un gran favor y lo más apasionante me esperaba ahora a la vuelta de la esquina. Hacía un día precioso. El sol brillaba en el parque, sobre los árboles altos que rodeaban la plaza. Todo había adquirido, de repente, una apariencia mágica, de irrealidad. La tristeza que me había producido ser abandonada por Nelson también estimulaba mi forma de mirar ahora hacia las cosas.

El futuro estaba ahí. Lo podía tocar con la mano como esa luz que bañaba el parque. Voces de niños se escuchaban ya en las calles. La vida seguía a pesar de que para mí el mundo parecía haberse acabado. Pero pensé detenidamente en la conversación que había tenido con Paula y, con aquella luz, con tanta vida a mi alrededor, con una amiga como ella, el mundo no podía acabarse ahí.

“Menudo gilipollas”, dije, y me levanté de la cama. Me metí en la cabeza que solamente un gilipollas podía abandonar a una mujer como yo. Tenía que sacar mi orgullo, hacerme valer, quererme porque no estaba faltando a la verdad.

Me fui hacia la cocina para preparar mi café de Nespresso y cogí la tablet para revisar las redes sociales. Cuántas veces había tomado café con él y ahora allí estaba yo. Sola. Pero me daba igual. Lo tenía cada vez más claro. “Que se joda”, murmuré. En ese momento, en las notificaciones me aparecía un mensaje de una persona que no estaba dentro de mis contactos.

“Hola, Paula, me has aparecido en sugerencias de amistad y me he dado cuenta por tu foto que eras la chica que atendía cuando iba al buffet de abogados. Me ha dado mucha alegría encontrarte y me he permitido el atrevimiento de saludarte.”

Abrí su perfil de Facebook y me di cuenta de que era Sam, un chico que siempre aparecía con una preciosa sonrisa. Recuerdo que estaba tramitando el divorcio a través de nuestro buffet y recordé también lo mal que lo había pasado ya que su mujer lo había dejado de la noche a la mañana, exactamente lo mismo que me estaba sucediendo a mí en estos momentos. Menos mal que yo nunca llegué a casarme y me he ahorrado el mal trago de un divorcio en los tribunales.

Solamente me hubiera faltado eso, enfrentarme con ese cabrón en un juicio. Por mi experiencia en el despacho, he visto auténticos dramas familiares donde mujeres y esposos, por no hablar de los hijos, sufrían lo indecible en divorcios llenos de dolor, de resentimiento y venganzas personales. Sam era una de las víctimas de esos casos en los que las separaciones se convierten en auténticos dramas, en un calvario, donde el dinero, los bienes personales, la casa o la custodia de los hijos se convierten en armas cargadas de odio que unos emplean contra otros. Los abogados se llenan los bolsillos con este tipo de divorcios.

Tenía delante de mí el chat que me había abierto y mientras me tomaba el café decidí contestarle. Al principio, no le di demasiada importancia. Contesté como tantas otras veces he contestado a otras solicitudes de amistad. Pero aquí mis palabras iban a tener un alcance inesperado, pero eso jamás se puede intuir.

“Hola, Sam, te recuerdo y me ha agradado mucho saber de ti, espero que estés bien y que todo se quedase por fin solucionado en tu vida. Lamento mucho por lo que tuviste que pasar. Lo siento. Yo tampoco estoy pasando por el mejor momento de mi vida.”

Quizá no debía haberle contado que estaba pasando por un momento malo, pero ya estaba escrito y

enviado. Cuanto antes aceptara mi situación, mejor sería para mí. No paraba de mirar sus fotos. Era un chico guapísimo y con una simpatía extraordinaria. De nada le valió tener todas esas cualidades cuando lo dejaron tirado de la forma más miserable del mundo. La tía que hizo eso debía ser también una gilipollas. ¿Cómo es posible dejar un tío así? Era un auténtico bollycao.

De seguida volvió a contestar.

“Sí, por fin cerré ese capítulo que tanto me dolía, costó, pero, gracias a Dios, hoy en día es como si nunca hubiese sucedido. Lamento mucho lo que me dices sobre que no estás en el mejor momento de tu vida.”

“No sabes cuánto me alegro, es una gran noticia. Al final las cosas se solucionan. No es fácil superar un divorcio como el tuyo. Pero por lo que me dices, parece que estás muy feliz.”

En esos momentos sentí envidia de que él ya estuviese en ese momento de paz y tranquilidad después de esa gran tormenta. Es lo que necesitaba en esos momentos, que pasase el tiempo rápido y me olvidase de todo lo sucedido porque ahora lo único que sentía era una presión muy fuerte dentro de mi corazón. Enseguida volvió a responder y comprobé que me había enviado una solicitud de amistad, así que la acepte rápidamente.

“Me preocupa lo que me has dicho. ¿Estás bien?”

Buena pregunta me hacía en esos momentos, pero era normal que la hiciese.

“No tan bien como quisiera, pero imagino que al igual que a ti, se me pasará. Todos pasamos por malos momentos en nuestra vida. Dios aprieta, pero no ahoga. No te preocupes, Sam. Estoy atravesando una reciente ruptura.”

“Lo siento, Marta. Solo puedo decirte que estoy aquí para lo que necesites, el tiempo es la mejor respuesta a todas las preguntas que tendrás ahora en tu cabeza. Por mi experiencia te digo que al final saldrás adelante, pero debes tener paciencia, dedicarte a ti y darte tiempo. Es verdad eso que dicen de que el tiempo cura las heridas.”

Yo también pensaba lo mismo, pero el tiempo era lo que me preocupaba. Necesitaba restablecerme lo antes posible, no podía aguantar mucho tiempo esa situación ya que estaba ahogándome en un mar de penas.

“Gracias, Sam.”

“No hay de qué, cuando tengas ganas de hablar, solo tienes que abrir este chat, que aquí estaré. Me encantará ayudarte. Sé lo que es sentirse de esa manera.”

En ese momento volví a romper a llorar. Escuchaba las voces de los niños jugando en la calle y miraba al parque con el café entre mis manos. Observaba algunas parejas y de repente me fijé en ese banco, cerca de la fuente, donde Nelson y yo tantas veces habíamos hablado de nuestros proyectos, de nuestra vida juntos, de nuestro futuro. En ese banco era donde solíamos pegarnos el lote hasta altas horas de la madrugada. Nos besábamos con mucha pasión y me encantaba excitarlo con mi lengua y con mis manos, despacio, muy despacio. Ahora todo eso había desaparecido por culpa de su traición.

Mi corazón estaba totalmente destrozado y sentía que iba a entrar en una depresión, pero volví a repetir en mi cabeza, “Menudo gilipollas estás hecho, Nelson. Te vas a arrepentir toda tu vida”. Corrí la cortina y dejé de mirar afuera. No quería torturarme más. Terminé el café y me fui a echarme al sofá ya que no tenía ganas de levantarme, y mucho menos salir a la calle. Me apetecía estar todo el domingo sola. En ese instante hubiera dado cualquier cosa por escuchar mis discos de la movida madrileña o a Camarón, pero el cabrón me los había quitado, sabiendo que eran míos.

Miré el reloj de arena. Eran las 12 de la mañana y aún seguía tirada en el sofá. Estaba dándole vueltas a la tablet, miraba las fotos de las redes sociales de las personas que tenía agregadas y todas estaban con sus parejas diciendo lo mucho que las querían. Se les veía a todos muy felices, pero sin embargo yo estaba hundida. Pocas horas antes me daba una alegría inmensa ver ese tipo de fotos.

Ahora, sin embargo, sentía una extraña mezcla de tristeza y odio hacia esas fotos. Yo también tenía

álbumes de fotos con Nelson de ese tipo. Selfies, viajes, reportajes, fotografías de nosotros dos distraídos en Halloween y en fiestas de cumpleaños. Todo eso estaba en nuestros muros de Facebook. Todo eso ya no significaba nada. De repente recibí una notificación de algo que me había etiquetado Sam.

“Recuerda que la luz del día es aquella que tú quieras iluminar. Feliz domingo, Paula.”

Me pareció preciosa la frase y todo un detalle por su parte. Le di a un *me encanta* y luego le contesté que tuviese un buen día. Aquel detalle me alivió durante unos segundos. Que Sam hubiese hecho me hizo sentirme una quinceañera, me hizo vibrar de emoción y, por unos instantes, pensé que ese chico quería algo conmigo. Pero no era el momento de pensar en el amor y en hacerme ilusiones con un simple mensaje en mi muro.

La verdad que Sam me había sacado una sonrisa, había tenido un gesto muy bonito conmigo. Después de los días de mierda que había pasado, aquellas palabras merecían la pena.

Decidí que no me iba a quedar en casa, que mi día libre no se lo iba a llevar la tristeza que había causado ese tío en mí, no se merecía ni una lágrima más, así que decidí ponerme guapa y salir a la calle. Y justo antes de salir por la puerta volví a recibir un privado de Sam.

“Espero ver brillar tu preciosa sonrisa lo antes posible. No cierres esos ojos que se apaga el sol.”

Otra sonrisa iluminó mi cara. Resulta que Sam me había salido poeta. Lo que nos gusta a las mujeres que un chico nos escriba esas cosas. La mayoría de los hombres con los que he salido, siempre quieren ir de duros. Y descuidan detalles como el que Sam estaba teniendo conmigo. Este chico había conseguido que mi día tuviera un sentido, que estuviera pendiente de la tablet para esperar otro de sus versos y de sus piropos.

“Tu mensaje me ha servido para vestirme e irme a la calle y no quedarme encerrada, así que me iré a tomar una cerveza al Lizarrán de Callao. Me encanta esa zona de Madrid. Gracias por tener estos gestos conmigo. No sabes cuánto te lo agradezco. Has puesto un poco de luz en este día tan gris para mí.”

“Eso es, me alegra mucho de que empieces a despertar y no dejes que los sentimientos de dolor te inunden todos estos días. Ponte guapa. Lúcete. Cómete el mundo y deja que la gente mire lo hermosa y elegante que eres. Yo me acuerdo de ti cada vez que iba al despacho en el que trabajabas. Eres un pibón. Perdona mi atrevimiento, pero necesitaba decírtelo.”

Me parecía tan galante que me di cuenta rápidamente de lo poco que fue Nelson conmigo. Jamás había tenido Nelson palabras para mí como aquellas que estaba escribiendo Sam tan amablemente, haciendo que me sonrojara sin que nadie estuviera delante.

Lo que pasaba es que yo estaba ciega, como decía mi amiga Paula. Cuánta razón tenía. Como me sabía de memoria el camino hasta el metro, iba pendiente de la tablet. Escuchaba el ruido hipnótico de mis tacones sobre el asfalto.

El parque estaba lleno de vida y yo me iba para Callao, porque necesitaba perderme en la gran ciudad. Salí en La Puerta del Sol y pude ver toda la muchedumbre, vendedores ambulantes, parejas, grupos de turistas. Subí por Preciados y encontré el nuevo Lizarrán.

Por suerte había una mesa libre. Dos mujeres se marchaban y allí me senté. Miraba a la gente pasar. Siempre lo había hecho. Me encantaba esa experiencia. Mirar a la gente e inventarme historias sobre su vida a partir de cómo vestían, de las bolsas que llevaban, de sus peinados. Era un juego infantil que me fascinaba.

Estaba sola, es cierto. Pero también sentía el calor de aquella gente que no paraba de subir y bajar por las calles. La cola para comprar lotería en Doña Manolita daba la vuelta a El Corte Inglés. Pedí mi cerveza y un pincho, y, de repente, apareció él, sin que yo lo esperara.

—No tenías que haberme dicho que estabas aquí —sonrió acercándose a mí.

Tenía una sonrisa preciosa. Me dio dos besos y señaló la silla de enfrente. Asentí con la cabeza,

diciéndole que podía sentarse.

—¿Qué haces aquí? — pregunté inocentemente.

—No me pude resistir a verte, me dio la impresión de que estabas demasiado triste — llamó al camarero y pidió una cerveza para él.

—Bueno, no es fácil lo que estoy pasando, pero qué te voy a contar a ti. Pero eso no significa que tenga que quedarme encerrada en casa, no me hace bien.

—Claro que no, haces bien en salir. ¿Es muy reciente? — preguntó refiriéndose a mi ruptura.

—Hace horas — sonreí tristemente, volviendo a pensar en cómo Nelson me había dejado —, pero no quiero hablar de eso.

—Quizás sea algo temporal — el camarero trajo su cerveza y él bebió un poco.

—No, ya te digo yo que es definitivo — torcí el gesto, volviendo a los recuerdos —, está con otra — confesé.

—Oh... Lo siento.

—Nada que sentir, mejor dejemos el tema. ¿Cómo te va todo?

—Empezando mi vida de soltero, me costó adaptarme pero entre el trabajo y que no paro un fin de semana en casa, todo perfecto — rio.

—Pfff, años hace que yo no salgo, al menos sola.

Era verdad, salía de copas los fines de semana pero siempre con Nelson y nuestros amigos, ya casi ni recordaba lo que era salir sola estando sin pareja.

—Tenemos que ponerle solución a eso, ¿cuándo nos tomamos algo? — volvió a reír.

—Ya te diré, ya — reí con él —, primero tengo que habituarme a todo esto.

Estuvimos como un par de horas charlando y riendo como un par de amigos. Sam era encantador y muy educado y la verdad era que me llamaba mucho la atención.

Nos intercambiamos los números de móvil y quedamos en salir una noche los dos de fiesta y contarnos todas las penas.

Volví a casa bien cerrada la tarde, me había parado a comprar algo de comida rápida por el camino y cené tras darme una larga ducha. Seguía triste, olvidar todo lo que había vivido con Nelson no iba a ser fácil pero el dolor de la traición lo haría posible.

Me puse un pijama cómodo y me tumbé en la cama con la tablet. Abrí Facebook para subir algunos de los selfies que me había hecho por el camino y la curiosidad pudo conmigo, así que entré y miré el perfil de Nelson.

Las lágrimas cayeron por mis mejillas cuando vi que había cambiado su foto de perfil y ahora era una de él con la chica por la que me había abandonado. Algo dentro de mí se rompió, me limpié la cara a manotazos, enfadada conmigo misma por llorar por semejante idiota después de haberse cargado lo que teníamos, aunque parecía ser que lo único que tuvimos fue una falsa y que yo era la que se engañaba y se montaba su propio cuento en la cabeza.

En ese momento sonó una notificación en el móvil y por una parte deseé que fuera Nelson pidiéndome una oportunidad.

“No puedes ser más idiota, Marta, ¿eso es lo que te valoras?”, pensé llena de rabia de nuevo.

Abrí el WhatsApp y vi que era un número desconocido.

“Hola, soy Sam. Ya te tengo en mis contactos, espero que no me bloques cuando te des cuenta de lo pesado que puedo llegar a ser.”

Aunque seguía llorando, sonreí al leer el mensaje, agregué su número y le contesté.

“Tal vez seas tú quien me bloquee, recuerda que soy la que está con la depresión.”

“No digas eso ni en broma, Marta, no quiero verte mal. “Moléstame” las veces que te hagan falta, a la hora que sea, para contarme lo que sea, pero no quiero que te sientas triste o sola en ningún momento.”

“Te lo agradezco, Sam, pero podré con esto, no te preocupes.”

“Seguro que era un idiota para dejarte de esa manera.”

Era un cumplido y yo lo sabía, pero me había encantado que me dijera eso. Así que le escribí intentando quitarle importancia a sus palabras.

“Creo que me tienes en demasiada estima.”

“Todo se verá, Marta.”

Me quedé mirando la pantalla pero no decía nada más, fruncí el ceño porque no había entendido el comentario, pero viendo mis últimos estados de ánimos, seguramente sería cosa mía no entender la mayoría de las cosas. Mejor sería despedirme de él.

“Buenas noches, que descanses.”

“Nos vemos pronto.”

Ojalá, pensé, porque era un chico encantador pero... Volví a pensar en Nelson y, enfadada, cerré los ojos. A este paso iba a tener pesadillas con él.

Capítulo 3

Sonó el despertador y me levanté rápidamente para que me diese tiempo a tomar una ducha y un café. El estrés de todos los días no entendía ni de amores ni de desamores. Había que pagar facturas a final de mes y tenía que trabajar, así que, pese al palo de Nelson, decidí continuar con mi vida. Menos mal que aquellos mensajes que intercambié con Sam me reconfortaron un poco.

Apenas tenía una hora para llegar al trabajo, así que lo hice todo de prisa y salí directa para el Ayuntamiento. A veces Madrid se pone imposible y, aunque vivía en la periferia, necesitaba a veces más de una hora para llegar al despacho. Una se acostumbra a este tipo de vida poco a poco y, al final, una hora haciendo cola se pasa en un santiamén.

Mientras iba conduciendo escuché que me entraba un WhatsApp y aproveché la parada en un semáforo para mirar quién me había escrito.

“Buenos días, quería mandarte un abrazo muy cariñoso.”

Ese Sam tan atento siempre. Volvía a conseguir sacarme una sonrisa de buena mañana. Me estaba mal acostumbrando aquel chico con esos mensajes. Nelson nunca había sido tan amable y cariñoso.

“Buenos días, Sam, recibe otro de mi parte.”

Debía ser amable con él ya que se estaba tomando tantas molestias. El resto del trayecto que faltaba a mi trabajo la pasé fantaseando con Sam pero rápidamente me venía la imagen de Nelson a la cabeza y me venía abajo de nuevo. Había sido mucho tiempo al lado de aquel gilipollas para olvidarlo rápidamente. Me dolió ver sus fotos en el Facebook al lado de aquella idiota.

¿Qué habría visto en aquella tía para dejarme a mí? ¿Por qué tuvo que engañarme? Si había un problema en nuestra relación, ¿por qué no buscó una forma de solucionarlo? Esas preguntas me venían una y otra vez a mi cabeza, así que no me apetecía ilusionarme o encariñarme con Sam, aunque el chico se notaba que lo estaba intentando.

Otras preguntas que me venían a la cabeza cada vez que leía un mensaje de Sam eran las siguientes: ¿Cómo puedo confiar de nuevo en un hombre? ¿Cómo puedo saber que una persona a la que amas, con la que compartes todo, tu cuerpo, tus secretos y pensamientos más íntimos no va a traicionarte?

El problema es que me obsesionaba con esas preguntas y, después de una, aparecía otra que complicaba mucho más la anterior. Por otro lado, Sam me agradaba y no quería bloquearlo o darle una respuesta cortante que lo espantara. Para no seguir con esta paranoia, me puse Cadena Cien y sonaron varias canciones de artistas ingleses y americanos que no me sugerían nada hasta que sonó una canción que me llegaba hasta el fondo de mi corazón. Era una de las canciones favoritas de Nelson. Qué hijo de puta es a veces el destino. La canción era de Miguel Bosé y era “Nena”:

Ese modo de andar...

Ese look cha... cha... cha

Casi, casi vulgar

Y esas cejas...

Me sentí castigar

Te dije si... si...

Por tu forma de amar...

Tan salvaje...

Hay un ángel en tu mirada

Inquietante tabú

Nena... luna serena

Todo es posible... menos tú

Nena... ámbar y arena

Boca insaciable solo tú...

Cuando terminó la canción, tragué saliva, pero no pude contener las lágrimas. Cómo nos gustaba tanto la música española, Nelson y yo poníamos canciones de Miguel Bosé o de Vanesa Martín para hacer el amor en el sofá o en la cama. La música de los ochenta la dejábamos para el coche o para los sábados por la mañana. Podíamos pasarnos horas en la cama, uno al lado del otro, solamente escuchando a Radio Futura o a Nacha Pop. Todo eso se acabó y aquella canción de Miguel Bosé me había traído todos esos recuerdos, momentos felices de mi vida que ya no se volverían a repetir.

Llegué al trabajo y me senté en la mesa, enfrente de mi compañera Melisa, con quien tenía muy buena relación. No era mi amiga del alma pero sí una buena confidente y una persona muy respetuosa. Era una tía legal que tampoco había tenido una vida fácil.

Muy poca gente que trabajaba con ella sabía que a Melisa la plantaron en el altar. Hay que ser cabrón para hacer una cosa así. Tardó mucho en recuperarse de aquel golpe. Tuvo que ir a terapia con un psicólogo durante varios meses. Luego conoció a un chaval en el gimnasio y en dos meses se casó en el juzgado, prácticamente en secreto.

En la oficina nos enteramos cuando pidió los días correspondientes al permiso de vacaciones por boda. Fue una sorpresa para todos y me alegré mucho por ella. De todo esto me enteré porque un día apareció en el despacho el cabrón del primer novio a arreglar las cosas con ella. La había dejado plantada en el altar porque se estaba viendo con una ex-novia. Melisa lo abofeteó en medio de todos. Tuvimos que sacar a aquel sujeto de la oficina a empujones. Ella comprendería perfectamente por lo que estaba pasando y así fue.

—Nelson me ha dejado.

—¡No me lo puedo creer! ¿Qué pasó? — dijo mientras se levantaba a darme un abrazo.

—Dice que ha conocido en el trabajo a otra y que sus sentimientos eran muy fuertes y no podía cambiarlos. Me ha roto el corazón pero pienso superarlo pronto pues no se merece ni una lágrima más mía. Ha sido un cabrón. No me esperaba que hiciera una cosa así. Mi amiga Paula lo sospechaba desde el principio. Dice que estaba ciega. Me siento como una tonta e ingenua.

—Me parece muy fuerte. No sabe la joya que se ha perdido. No quiero verte sufrir, cuenta conmigo para lo que necesites. Sé por lo que estás pasando. Yo ahora estoy feliz con Pedro y no me arrepiento de nada de lo que he hecho. Tía, a mí dejaron plantada en el altar. Eso es una putada de las gordas que no se te olvida.

—Gracias, compi, sé que puedo contar contigo. Pero es difícil afrontarlo. Nelson y yo no estábamos casados. Quizá si lo hubiéramos estado, se lo habría pensado dos veces — dije yo con inocencia.

—No te engañes. Te habría dejado igual. Tiran más dos tetas que dos carretas. Piensan con la polla y no entienden de sentimientos — dijo enfadada, mirándome a los ojos.

—Tienes razón. A veces soy demasiado blanda.

—Y cuidado con sentirte culpable. No eres culpable de nada. El único culpable aquí es Nelson. A veces tendemos las mujeres a sentirnos responsables de las rupturas y eso nos martiriza y nos tortura. Olvídate de todo.

—Pero, Melisa, ¿cómo puedo empezar de nuevo? — pregunté con un tono penoso, sin acordarme en ese momento de los mensajes de Sam.

—Ni lo pienses. Si quieres un consejo, hínchate a follar yogurines. Destrózales el corazón y no te comprometas a no ser que te pase lo que a mí. Me apunté al gimnasio de mi barrio y Pedro era el monitor de Pilates. Y en la segunda clase acabamos en el vestuario enganchados como perros.

—¡Qué bestia eres! — dije yo riéndome. Algunos clientes nos miraron con estupor.

—Hazme caso y no mires atrás. Nelson o como se llame ya no nos importa una mierda. Pedro tiene un hermano que está muy bueno. Si quieres te lo presento y va en serio.

—No. Ahora mismo necesito aclararme.

—Sí, pero no te comas el tarro, ¿me oyes? — sentenció sin apartar la mirada de la mía.

Me pasé toda la mañana sintiéndome observada por ella. En el fondo sabía que estaba sufriendo por verme de aquella forma, aunque intentara estar bien, la cara de tristeza era difícil disimularla.

Cuando salí del trabajo decidí ir a tomar una tapa al restaurante de enfrente, no me apetecía meterme en casa ya que no me encontraba con los ánimos como para encerrarme y terminar toda la tarde llorando. Era un restaurante que habían inaugurado un joven matrimonio polaco y estaba decorado de forma rústica, como si fuese una cabaña en mitad del bosque. Además de platos tradicionales de Polonia y Alemania, servían unos pinchos de carne y pescado exquisitos. El establecimiento contrastaba con los edificios que rodeaban el despacho.

Me pedí una cerveza negra y, en ese momento, volvió a sonar un mensaje de WhatsApp.

“¿Qué tal tu jornada laboral?”

Sonreí al leerlo. Cada vez me sorprendía más lo capaz que era de sacarme una sonrisa.

“Bien, se me pasó volando, ¿Cómo ha ido la tuya?”

“Bueno, sin parar, esto de tasar para el banco es lo que tiene, toda la mañana de vivienda en vivienda.”

La verdad que se había abierto un buen hueco en el mundo bancario con esto de los embargos y se dedicaba a tasar todas las viviendas de los encargos que le hacían.

“Eso es bueno, señal de que tienes bastante trabajo.”

“Sí, estoy cubriendo una o dos por las tardes ya que no me da abasto solo con las mañanas, pero lo bueno es que el viernes al mediodía corto y hasta el lunes no hago más nada.”

“Recuerda que me debes una fiesta un fin de semana.”

“Estaba pensando en invitarte a cenar el viernes por la noche y luego podríamos tomar alguna copa por alguno de los lugares de moda de Chueca. Hay una plaza muy coqueta donde podemos tomarnos unas copas frente al Mercado. Te encantará. Además, si quedamos antes, podemos dar una vuelta por las tiendas. En Chueca conozco algunas boutiques que son sensacionales.”

“Acepto, me vendrá muy bien salir a despejarme.”

Me puso muy contenta la idea de tener un plan para el fin de semana. Aunque estaba realmente abatida por lo que me había pasado, era hora de empezar a mirar hacia delante y aprovechar todas las oportunidades que me brindara la vida. Curiosamente, la vida me había decepcionado con Nelson y ese mismo día aparecía Sam con sus mensajes simpáticos, espontáneos y cariñosos.

Después de comerme un buen tapeo, me fui hacia mi casa. Había pensado en perderme en un centro comercial pero lo que de verdad me apetecía era tirarme en el sofá. Ya estaba más animada con la cita que tenía para el viernes.

Me pasé toda la tarde limpiando y ordenando la casa. Como Nelson se había llevado todos mis discos, no pude escuchar algunas de mis canciones favoritas, así que puse la radio como había hecho en el coche. Sonaron canciones de Katy Perry y de Madonna.

No me gustaba nada de aquella música. De repente, escuché la voz de la cantante Vanesa Martín y todo cambió en mí. Volvieron las lágrimas a mis ojos, pero aquella tristeza me duró muy poco, porque de vez en cuando recibía un mensaje de Sam poniéndome algún cartelito con un mensaje, lleno de optimismo. También alguno que otro que me sacó alguna risa.

El día siguiente me desperté igual de triste, la noche anterior también me había costado dormir, estaba claro que cuando estaba en la cama, era cuando más notaba la soledad y cuando más echaba de menos a Nelson. Y el silencio de la noche no ayudaba mucho, mi cabeza volvía una y otra vez a los recuerdos de todo lo que habíamos vivido y eso no me ayudaba en absoluto.

En el trabajo me fue un poco mejor, tuve que pasar la mañana fuera haciendo algunas diligencias con algunos clientes y apenas tuve tiempo para pensar.

Llegué a casa agotada, tomé una ducha caliente y decidí pasar el día descansando, tal vez con un poco de suerte hasta podría adelantar algo del trabajo que tenía atrasado, eso si mi mente se concentrara en lo que debería y no en batallar internamente con ella misma sobre echar de menos e intentar odiar a Nelson.

Me desperté de una pequeña siesta cuando el timbre de la casa sonó. Me levanté refunfuñando y abrí la puerta.

—Me encanta tu pelo cuando te levantas — dijo Paula mientras entraba.

Cerré la puerta y la seguí al comedor, alisándome el pelo por el camino.

—A mí me encanta que vengas sin avisar — dije irónicamente.

Nos sentamos en el sofá, yo sobre mis piernas y volví a taparme con la manta.

—Oh, pero te avisé, que leas los mensajes que te mando al WhatsApp o no, es cosa tuya.

Cogí el móvil y vi que era cierto, tenía un mensaje de ella:

“Te recojo en una hora más o menos. Tengo que comprarme un vestido para un evento y no pienso ir sola.”

—No tengo ganas de salir — dije bostezando.

—Como si eso me importara, yo tampoco tengo ganas de ir al evento y lo haré.

—¿Y eso qué tiene que ver conmigo? — me tapé más, estaba congelada.

—¿Estás bien? — me tocó la frente — Todo normal, sí. Pues contigo realmente nada, pero yo no pienso ir a comprar ropa sola y lo sabes. Ya conocemos mi gusto con la ropa, ¿verdad? — puso los ojos en blanco y yo afirmé con la cabeza, riéndome.

—Eres capaz de ir vestida de luto — le dije pensando en cómo casi siempre vestía de negro.

—Me encanta el negro, qué le vamos a hacer — se encogió de hombros.

—Pero es que no tengo ganas — me quejé.

—Marta, estás soltera, estás súper buena y eres adorable, así que deja la jodida depresión ya — se levantó del sofá y apareció al rato después con dos latas de refresco.

—No estaba buscando halagos.

—Lo sé, pero es cierto. ¿Qué piensas hacer? ¿Quedarte toda la vida llorando por ese imbécil?

—Ya no lloro por él — mentí.

—Claro, tienes los ojos así por hartarte de fumar hierba.

—¡Yo no hago esas cosas! — empecé a reírme sin control.

—Pues tú te lo pierdes... Venga, por favor, necesito que me ayudes a elegir vestido — dijo mirándome con cara de pena y poniendo la boca como un perrito adorable, me levanté a mi pesar.

—Está bien — suspiré —, pero me invitas a cenar.

—¡Hecho! Y si quieres también te invito al polvo de después.

—No sabes cómo me pone que me digas eso — le guiñé un ojo y volvimos a reírnos las dos.

Pasamos la tarde de compras, la verdad es que fue bastante divertida, llegué tarde a casa, ya cenada y me acosté rápidamente.

En ese momento no pensé en Nelson, si no en Sam. Había mirado varias veces al día el móvil y no me había mandado ningún mensaje, eso me había extrañado, sobre todo después de haber quedado para salir los dos. Aunque quizás era por eso, nos veríamos pronto y estaría ocupado o...

Resoplé, yo y mi manía de comerme la cabeza.

Cogí el móvil y le escribí yo.

“Hola, Sam, espero que hayas tenido un buen día, solo quería decirte que descanses, buenas noches.”

No lo leyó, mucho menos tuvo respuesta y eso me extrañó aún más. Dejé el móvil cargando en la mesita de noche y me acomodé para dormir. En ese momento sonó una llamada y di un bote de la cama, pero esta vez no esperaba que fuera Nelson, si no Sam. Y ver su nombre en la pantalla del móvil ya me

hizo sonreír.

—Hola — respondí al descolgar.

—Hola, preciosa — dijo cariñoso y yo sonreí como una idiota —. No me olvidé de ti, solo que he tenido algunos problemas y no estaba de humor para hablar con nadie. ¿Cómo estás?

—Primero no tienes que darme explicaciones y segundo estoy bien, agotada. ¿Tú?

—Igual, ahora acabo de meterme en la cama, pero quería hablar contigo antes de dormir.

—Oh... —sí, se nota que yo no era muy locuaz en algunas ocasiones.

—¿Dónde estás? — preguntó.

—En la cama — apoyé la cabeza en la almohada, parecía una quinceañera. ¿Pero era idiota, o qué?

—Bien, entonces cierra los ojos, yo me quedaré aquí hasta que te duermas.

—No tienes que hacer eso.

—No, pero quiero. Venga, hazme caso, que al final me duermo yo antes que tú.

Hice lo que me pidió y en medio dormida escuché sus “Buenas noches”.

Me levanté con otro humor a la mañana siguiente, miré el móvil y ya tenía un mensaje de Sam.

“Muy buenos días, sonrío que hoy será un día genial.”

Le respondí sonriendo.

“Buenos días, Sam. Tú haz lo mismo.”

“Ya lo hago al leerte. Te escribiré luego y vete preparando para la fiesta de mañana.”

“Sí, tengo ganas. Hablamos, un beso.”

“Todos los que quieras.”

Salí de casa y volví a entrar en ella horas después con la misma sonrisa de idiota en la cara. De verdad que era para matarme. Pero era así, estaba deseando que llegara el día siguiente para salir con Sam, me encantaba ese chico, siempre me hacía sonreír.

Y esperaba que solo fuese eso, porque... ¿no sería nada más, no?

Borré ese pensamiento de mi mente, disfrutaría del presente, ya la vida decidiría.

Capítulo 4

Por fin viernes, desperté con una sonrisa entre mis labios. Hacía un día precioso. El cielo estaba despejado y la temperatura era agradable. Estaba motivada, llena de energía. No me podía creer que la vida fuese así de inesperada y juguetona. Nelson formaba parte del pasado y ahora un nuevo rostro, un nuevo cuerpo, una nueva forma de sentir habían aparecido en mi día a día.

Había puesto el despertador más temprano de lo habitual ya que quería tomar un café tranquila antes de salir para el trabajo. Subí las persianas, abrí las cortinas. Quería que la luz del sol inundara toda la casa. Quería sentir el calor, el calor que da la alegría de ese resplandor bañando mi cuerpo.

Me fui hacia la cocina y, mientras lo preparaba, comprobé que tenía un mensaje de Sam. Los mensajes de Sam se estaban convirtiendo en una parte esencial de mi día a día. Estaba claro que todo estaba empezando a girar alrededor de aquel nombre. Estaba deseando leer su nuevo mensaje, seguro que eran unas palabras agradables, de esas que te levantan el ánimo y haces que veas la vida de color de rosa. Qué tonta me estaba poniendo sin darme cuenta. A veces, qué poco pedimos las mujeres para que nos hagan felices. A buena hora, el idiota de Nelson iba a hacer lo que estaba haciendo Sam.

“Buenos días, preciosa, ¿preparada para esta noche?”

La sonrisa no dejaba de aparecer en mi cara, porque esos mensajes me llenaban de emoción. Si hubiera estado delante, lo que habría disfrutado al verme así, tan risueña. Cogí la taza de café y me senté en la mesa a tomarlo mientras respondía su mensaje. El café volvía a tener su sentido. Volvía a relacionar el café con una manera feliz de ver el mundo y de afrontar el trabajo que me esperaba cada día.

“Buenos días, deseando.”

Después de enviarlo me di cuenta de que había sido un poco atrevida con el mensaje, pero bueno ya estaba enviado. Vi cómo estaba escribiendo y estaba deseando ver que me decía. Me mordía el labio y mi pierna derecha no dejaba de temblar. Estaba ansiosa. Hacía muchos años que no sentía algo parecido.

“Cuánto me alegra saberlo. Hace un día precioso, ¿verdad? Yo creo que es una señal. Pero bueno, ya hablaremos de todas estas cosas cuando nos veamos. Me encanta pensar que las cosas maravillosas que suceden a nuestro alrededor, como el mero hecho de que el sol brille radiante, se deba a que te he conocido. Esta noche te espero a las ocho en la esquina de tu calle. Estoy contando las horas...”

Terminé el café a la vez que me fumaba un cigarro. Me gustaba esa forma que tenía de escribir, de halagarme. Había dejado de fumar hacía bastante tiempo. Me costó mucho trabajo. Nelson no ayudaba, porque fumaba delante de mí cuando yo estaba intentando dejarlo. Ahora el vicio había vuelto a llamar de nuevo a mis puertas, pero en esos momentos era mi más fiel acompañante en esos instantes tan amargos en los que me había visto sumergida.

A veces un cigarro, mirar el humo, aspirarlo era un ritual parecido al de tomar el café. Me relajaba y me hacía pensar en mis cosas, en mi futuro. Si no hubiese conocido a Sam, seguramente no habría estado tan cómoda como estaba. De nuevo volvía a oír las voces de los niños en el parque, cómo bullía la vida a mi alrededor. Mi corazón latía deprisa y no tenía otra causa que aquel hombre guapo y atento que me estaba enviando los mensajes.

Me acordé de las palabras de Melisa: “No te comas el tarro. Hínchate a follar” ¡Qué loca estaba! Quizá tenía razón, pero no quería aprovecharme de Sam en ese sentido. No iba conmigo. Quería ver en Sam a alguien en quien podía confiar y pasar un buen rato sin otra intención que conocernos poco a poco. Esa noche sería una oportunidad ideal para conocernos mejor, para escuchar lo que su corazón y el mío sentían.

Me daban ganas en ese instante, frente a la taza de café, de escribirle a Nelson para darle celos con

alguna captura de pantalla de los mensajes que me había estado enviando Sam. Pero no quería que se sintiera tan importante.

Ese gilipollas no era nadie ya en mi vida. Si le mandaba alguna notificación o alguna foto, como había hecho el muy cabrón en Facebook fotografiándose al lado de su novia, seguramente lo interpretaría como que todavía me gustaba y que, por esa razón, le restregaba en toda su jeta que tenía un nuevo ligue. No iba a ponerme a su altura.

Eso sí. No iba a mandarle ningún mensaje, pero me apeteció hacer una cosa. Entré a Internet y busqué en el FNAC los discos de Antonio Vega y Radio Futura. Los compré rápidamente. Me permití ese lujo y, a la semana siguiente, haría lo mismo con Fangoria y los discos de Camarón. Necesitaba esa música en mi casa. Joder. Yo nací con los ochenta, yo crecí escuchando a Alaska y viendo La bola de cristal. Era de las pocas cosas que nos permitían en el centro.

La mañana pasó volando en el trabajo. Mi compañera Melisa me notó en la cara que estaba más alegre.

—Chica, algo te ha pasado. ¿Me lo vas a contar?

—No. No me ha pasado nada. Son imaginaciones tuyas. No paras de mirarme todo el rato.

—Mira, no soy tonta. Tú has follado — dijo sin pelos en la lengua, aprovechando que nadie la veía.

—¡Eres muy bruta, Melisa! No puedes hablar así. Me sacas los colores — dije yo, escandalizada.

—Perdona, qué fina te has vuelto. ¿Me lo vas a contar o no?

—He conocido a alguien. Pero es una tontería.

—No, no. Tú has follado y no me lo quieres decir, cabrona.

—Te digo que no. No te preocupes, Melisa, cuando folle, serás la primera en saberlo, ¿vale? — dije sonriendo mientras ella no paraba de hacerme muecas para burlarse de mí.

—Ahora la bruta eres tú.

—Pero si no paras de provocarme. Te he dicho que solamente es una tontería. Es un chico que he conocido por Internet. Hemos hablado y me ha mandado unos mensajes.

—Me tienes que enseñar esos mensajes. No me puedes dejar así — dijo Melisa intrigada y poniendo los ojos como platos.

—No te voy a enseñar nada ni te voy a decir ninguna cosa más, que las cosas luego se gafan.

—Tienes razón. No te voy a dar más follón. Pero me tienes que prometer que me vas a mantener informada. Y lo digo en serio. Te vi muy mal el otro día. Me recordaste a mí, ¿sabes? — el tono de Melisa cambió, se volvió más triste.

Cuando terminó mi jornada, me despedí de Melisa con dos besos y me dijo que, aunque no le había dicho nada, se alegraba mucho por mí y que esperaba que mi ligue no fuese un cabrón como Nelson. Le guiñé un ojo y crucé al restaurante que tanto me gustaba.

Melisa se montó en su coche. Pedro la esperaba en su interior. Pude ver cómo se daban dos besos de tornillo antes de salir a la carretera. Yo también me alegraba por ella.

La pobre había sufrido mucho. No me imagino por lo que tuvo que pasar cuando aquel “hijo de su madre”, por no decir otra cosa, la dejó plantada en el altar. Me senté en la terraza y me pedí mi cerveza negra. Quería disfrutar el momento. Saborear esa esencia áspera de aquella bebida. Todo estaba lleno de luz a mi alrededor. La aparición de Sam había hecho que yo mirara las cosas como antes no lo había hecho o quizá no lo recordaba.

Comí algo antes de ir a mi casa: las salchichas eran excepcionales allí. Y el pan de centeno que servían, recién sacado del horno, era un manjar exquisito. Volví a fumar y pedí un botellín de agua para hacer tiempo. No quería que un control de alcoholemia me hiciera la puñeta en este día maravilloso.

Un rato después me fui hacia casa. Iba ilusionada y feliz porque tenía plan para esta noche ya que no me la tiraría llorando en un rincón en mi casa recordando al maldito Nelson. Era una mujer distinta. Lo sentía en mi interior. Parece mentira que una persona agradable, unos mensajes cariñosos y el ansia de

una cita hagan de tus pensamientos un lugar maravilloso en el que vivir.

Me tiré un rato en el sofá y comencé a dudar entre qué me pondría esa noche; si un pantalón ajustado o un traje hasta las rodillas. Al final me decanté por un precioso traje marrón de lana que tenía, me lo pondría con mis botas altas de piel de color marrón también.

Mire varias veces el móvil y no había vuelto a recibir ningún mensaje más de él, pero sabía que estaba a pocas horas de disfrutar de una velada mágica junto a él, así que no me preocupaba. Estaba deseando que el tiempo corriera más deprisa, así que empecé a hacer cosas para que no pasase tan lento. Llené la bañera hasta arriba y me metí en ella un buen rato. Le había echado sales y geles especiales de relax. Hacía tiempo que no hacía una cosa así y lo necesitaba. De verdad que lo necesitaba.

Me encendí un cigarro mientras estaba en aquella bañera relajada y me vino toda mi vida de repente a la mente, como si fuera una película. En el fondo, me hubiese gustado conocer la historia que me había llevado a ese orfanato siendo aún una niña. Era tan pequeña que no tenía recuerdos de aquellos momentos, pero siempre me quedó la esperanza de saber algo sobre mis orígenes.

Tras media hora larga metida en la bañera, decidí salirme porque ya me estaba quedando arrugada, aunque estaba tan a gusto que me hubiese quedado mucho tiempo más.

Comencé a secarme la melena, luego le pasaría un poco las planchas y me la dejaría perfecta para esa noche. Me maquillé tranquilamente y luego me puse las medias y el traje con las botas. Los había comprado en las rebajas del PRIMARK. Estaba buenorra con aquello puesto. Me miré al espejo y me vi muy estilizada, y me sentía bien conmigo misma.

Miré la hora en el móvil y ya faltaban cinco minutos para las ocho, así que salí directa para las cita con Sam, que me recogería en la esquina de mi calle.

Iba muy nerviosa. Parecía una quinceañera, pero imprevisiblemente él había despertado en mí un ligero interés que hacía que mis días fuesen radiantes.

Al salir por la puerta, me crucé con mi vecino Alfredo, un señor de unos cincuenta años, que era todo un caballero y tenía una feliz vida junto a su mujer Matilde. Me miró de arriba abajo y me dijo que iba preciosa. Él, tan atento como siempre, pero eso hizo que me viniese más arriba y fuese más segura hacia mi cita.

Madrid me esperaba y yo, después de mucho tiempo, sentía que era una diosa.

Sonreí al verlo, estaba con un hombro apoyado en la pared y mirando el móvil, intenté acercarme sin hacerme notar pero él levantó la cabeza y sonrió al verme. Me miró tan detenidamente de arriba abajo que casi me tropiezo del nerviosismo que me entró.

—Vaya... — fue lo único que dijo y yo ya estaba roja como un tomate.

—Tú también estás muy bien — me paré frente a él, la verdad que iba guapísimo con esos vaqueros desgastados, una camisa gris y el abrigo negro.

—Creo que voy a tener que protegerte esta noche — rio.

—Eres un exagerado — pero reí también, me encantó que me dijera eso.

“Si es de ti, no hace falta que me defiendas”, pensé y me reñí mentalmente por la dirección que estaban tomando mis pensamientos.

—Había pensado en cenar en un restaurante que no está muy lejos de aquí, es una brasería y la carne está deliciosa — se separó de la pared y me señaló el camino con la mano para que empezara a andar junto a él. Así lo hice.

—Me parece bien, pero no tengo mucha hambre.

—Eso lo dices ahora, cuando estemos allí será diferente — me guiñó el ojo —. Te veo mucho más animada.

—Sí, parece que el “duelo” va a menos, casi desapareció.

—Esta noche terminará de desaparecer del todo. ¿Preparada para una noche inolvidable? — me preguntó mientras me ponía el brazo por los hombros.

—Deseando — dije entre risas.

La cena fue increíble, era un sitio elegante y a la vez muy normal y salí de allí que casi no podía ni andar de todo lo que había comido. Sam no paró de reír durante la cena diciendo que menos mal que no tenía hambre, que a saber cómo comería cuando estuviera hambrienta. Hasta yo me sorprendí pero es que estaba todo delicioso y hacía tanto que no disfrutaba de una salida tan divertida y en donde me sintiera tan relajada siendo yo misma, que ni siquiera me daba cuenta de que no paraba de comer.

Salimos tarde de allí, estábamos tan a gusto que perdimos la cuenta del tiempo, cogimos un taxi para que nos llevara a un pub que él conocía, uno de sus amigos era el dueño y allí podríamos estar tranquilos en uno de los reservados o bailar y beber en la pista de baile, me gustó la idea, así que acepté ir para allá.

Tenía ganas de divertirme pero tampoco me gustaban mucho las discotecas en las que ni siquiera podías hablar con tus acompañantes, no sabía si era por la edad o por la madurez ya, pero aunque me gustaba bailar, prefería los lugares más “tranquilos”.

Llegamos, pedimos un par de mojitos y nos sentamos en uno de los sofás en uno de los reservados en la primer planta. Desde allí podíamos ver la pista de baile de abajo, cómo la gente bailaba y reía, divirtiéndose.

—Hace mucho que no salgo — le dije mirándolo y bebiendo un poco de mi mojito.

—¿No salías con tu ex? — se acomodó en el sofá y me miró de frente.

—Sí, pero de copas poco. Si era así, a cualquier otro sitio más tranquilo, él y nuestros amigos no son mucho de bailar.

—Podíamos haber hecho eso, solo pensé que te gustaría más algo así.

—Oh, no, esto es perfecto. Adoro bailar, solo que hace años que no lo hago — lo miré muy seria —.

¿Quieres que te cuente un secreto?

—Claro — se adelantó para acercarse más a mí, esperando lo que iba a decirle.

—Me da miedo bailar por si parezco un pato mareado.

Me quedé mirándolo seria, él hacía lo mismo mientras pestañeaba. Me mordí el labio cuando la risa iba a salir de mi garganta, me daba la impresión de que se había tomado mi comentario en serio y yo estaba a punto de descojonarme. Cosa que hice después, cualquiera pensaría que estaba ya borracha y aún no había empezado a beber. O eso, o el vino de la cena se me había subido a la cabeza.

La cuestión es que me empecé a reír sin control y él acabó riendo conmigo.

—Estaba bromeando, hace tiempo que no bailo pero no creo que vaya a hacer el ridículo.

—¿Te cuento yo mi secreto ahora? — preguntó poniendo cara y voz de conspirador.

—Sí — susurré siguiéndole el juego.

—Estoy deseando ver cómo te mueves en esa pista, con ese vestido.

Vaya... Lo dijo con una voz que hizo que mi calenturienta imaginación volara rápidamente. Carraspeé y me bebí casi todo el mojito de una sola vez. Minutos después ya se me había subido a la cabeza, como siempre, no servía para aguantar mucho alcohol.

Nos pedimos otro mojito más y nos lo tomamos allí sentados mientras nos contábamos anécdotas. Yo tenía un puntazo increíble ya y la gente me miraba cuando me reía a carcajadas pero no me importaba, me lo estaba pasando estupendamente.

En uno de esos momentos que miraba cómo la gente bailaba, me quedé con la boca abierta al ver a Nelson bailando pegado con la mujer por la que me había dejado. Ignoré a Sam cuando me preguntó si me pasaba algo, me bebí el mojito de una sentada y me levanté rápidamente.

Estaba sonando *Cómo te atreves a volver de Morat* y llegué a la pista justo para cantar a todo pulmón el estribillo.

Cómo te atreves a volver, oh.

A darle vida a lo que estaba muerto.

***La soledad me había tratado bien.
Y no eres quien para exigir derechos.***

***Cómo te atreves a volver, oh.
Y a tus cenizas convertir en fuego.
Hoy mis mentiras veo caer.
Que no es verdad que te olvidé.
Cómo te atreves a volver.***

Ohhh... no, n,o no.

Vi cómo Nelson me miraba y canté aún más fuerte mientras saltaba, eufórica, que le dieran al imbécil.

Sam se acercó a mí y me cogió por la cintura cuando la canción terminó y empezó a sonar una balada. Sonreí y me agarré a sus hombros, llamándome mentalmente idiota por haberme comportado como una quinceañera cuando estaba con Sam. Había salido a disfrutar y el imbécil de mi ex no iba a joderme la existencia.

Bailamos varias horas, bebido y riendo sin que yo volviera a acordarme de Nelson. Salimos del pub cuando me empecé a encontrar más mareada de lo normal, las luces no ayudaban a que me encontrara mejor.

Sentir el aire fresco en la cara fue un alivio.

—Quiero ir andando — le dije y empecé a caminar, me tropecé con mis propios pies y masi caigo al suelo.

—¿Andando o arrastrándote? — preguntó riéndose mientras me ayudaba a incorporarme.

—Andando — repetí muy convencida.

—Claro que sí, andando y borracha como una cuba. Vamos a llamar a un taxi, anda — dijo mientras marcaba el número en el móvil.

—No — se lo intenté quitar pero no pude —, yo me quiero ir andando — me zafé de él y volví a echar a andar.

—Sí, a nombre de Sam, gracias — lo escuché decir —. Ey, ¿a dónde vas?

Sam me agarró por la cintura desde detrás, giró sobre él mismo y volvió a llevarme para la puerta del pub.

—Sam, me caes muy bien, pero no soy un saco de patatas — dije refunfuñando.

—No, solo estás borracha.

—¿Yo? ¿Borracha? ¡Por favor! — me soltó en el suelo, me di la vuelta para mirarlo y me agarró de la muñeca.

Me miraba con las cejas enarcadas y aguantando la risa.

—Solo bebí un poco — le dije al final —, pero estoy bien, ¿podemos irnos andando?

—No.

—Pero...

—Que no.

Resoplé e intenté separarme de él varias veces y todo fue inútil. El taxi llegó y aproveché su descuido para salir corriendo, lo habría logrado si no se me hubiera roto el tacón.

—Joder, eres cabezota, ¿eh? — preguntó al ayudarme a levantarme.

—Vete tú que yo ando.

—Ni en broma — me cogió y me puso sobre su hombro —, ahora sí eres un saco de patatas — rio.

—Maldita sea, bájame — le di golpes en la espalda.

Me metió en el taxi y dio la dirección en donde habíamos quedado ya que yo no soltaba prenda

sobre dónde vivía.

—Anda, ven aquí — me abrazó por el hombro —, duerme un rato, te aviso al llegar.

—Pero yo quería caminar...

—Ahora caminas, duerme la mona un poco.

Cerré los ojos esperando despertarme pronto y caminar un poco.

Capítulo 5

Los primeros rayos de sol entraron por la ventana de mi habitación, sentí un fuerte dolor de cabeza, empecé a recordar levemente algo de la noche anterior. Miré el móvil y no tenía ningún mensaje de él. Me fui a la cocina a prepararme un buen café y a tomarme una pastilla.

Cuando pasé por el salón noté algo raro. Miré sobresaltada hacia dentro y pude comprobar que estaba Sam durmiendo en el sofá, una sonrisa invadió mi cara y, de repente, él se giró y me miró. Nos comenzamos a reír a carcajadas a pesar de ese tormentoso dolor de cabeza. Lo que daría porque Nelson estuviese delante para vernos, pero Nelson era parte del pasado. Ahora sí lo tenía claro.

—Buenos días, preciosa. No sé si recordarás que me distes autorización para quedarme aquí, ¿o no te acuerdas? — dijo sonriendo, con una voz tersa y suave, a la vez que se levantaba.

—Joder, qué sorpresa. No esperaba verte aquí.

—¿Te molesta? Lo siento. ¿Si quieres? Me marcho enseguida.

—No. No. Por favor, está bien. Quédate — dije yo convencida porque tenía unas ganas locas de que no se fuese de mi casa.

—Me pediste que me quedara aquí. O a lo mejor es que se me ha ido la olla. No sé qué decir en estos momentos — dijo y yo lo miré confusa, lo último que recordaba era ir en un taxi. Qué más da, pensé, a saber lo que había hecho bebida...

Yo comencé a sonreír también. Le saqué la lengua como señal de complicidad entre los dos. Me sentía como una estudiante de la ESO. Me sonrojé, porque sentí el calor en mis mejillas.

—No, no lo recuerdo. Pero ahora mismo preparo un buen desayuno para los dos y, si quieres una pastilla, porque te duele la cabeza solo tienes que pedírmelo. Yo ya me he tomado una y creo que voy a tomarme otra. Estaba desentrenada en este tipo de cosas, Sam — dije con cara de gilipollas. No podía evitar poner esa cara ya que me había dado una gran sorpresa verlo allí en mi salón.

—Voy a entrar al baño a asearme un poco si no te importa. Ahora te ayudo con ese desayuno. Tengo un hambre feroz. Me comería un buey, menos mal que por ahora no me duele la cabeza — dijo mientras me guiñaba el ojo y se acercaba a mí para darme un beso en la mejilla.

—Vale, pero no tardes, que luego se enfría todo — dije coqueteando, arrugando los labios de forma insinuadora.

Me fui hacia la cocina con esa cara de tonta y me tomé dos pastillas con un buen vaso de agua a la vez que iba encendiendo la tostadora y calentando la cafetera.

Me asomé a la ventana y me fijé en la gente que rondaba por el parque. Algunas parejas se sentaban en los bancos con su café en vasos de plástico. Bromeaban, reían, paseaban entre los árboles. Yo tampoco podía quejarme porque Sam estaba en casa. Conmigo.

El chico que me había enviado esos mensajes tan cariñosos estaba allí, a mi lado, esperando a que compartiéramos el desayuno. La felicidad era eso, pensé. No hay más. La felicidad era mi desayuno con Sam cerca de ese parque que tanto significaba para mí. Me había hecho tanta ilusión que estuviese allí que parecía que el día comenzaba a brillar de diferente manera.

Instantes después aparecía Sam por la cocina.

—¡Qué bien huele a café! Me encanta ese olor por las mañanas. Además en tu compañía será uno de los desayunos más entrañables que se pueda tener un sábado — dijo con esa facilidad que tenía para halagarme.

—¡Exagerado! Seguro que eso se lo dices a todas. ¡Anda! ¡Siéntate que me encargo yo de prepararlo!

—Quiero ayudar...

—En mi casa mando yo, ¡siéntate! — dije muerta de risa.

—A sus órdenes, comandante. Para estar en igualdad de condiciones luego nos vamos a mi casa a comer y preparo yo una paella, y tú te dedicas a estar sentada para que yo te lo ponga todo por delante. Es lo justo...

—Eres una caja de sorpresas, Sam.

Esa proposición inesperada que me había acabado de hacer alegró mi mañana, ya que pasaría el día con él. Volvía a hacerme la tonta. Que yo me mostrara un tanto infantil noté que le gustaba.

—Pero, ¿te vas a venir a comer la paella? Me salen de puta madre. Es lo único que sé hacer en la cocina —dijo con una alegría especial en sus ojos.

—¡Acepto! — dije mientras le ponía la taza de café delante y le guiñaba el ojo.

—Perfecto, antes pasaremos por un supermercado para comprar todos los ingredientes. Luego entraremos en la pastelería de mi barrio y compraremos unos deliciosos dulces para pasar la tarde frente a la chimenea.

—Me parece genial, sin duda una gran idea. Pero aún queda un mes para Navidad, te recuerdo, y lo que me estás describiendo es una escena navideña — dije bromeando.

—Por cierto, prepara una pequeña maleta porque podríamos ver esta noche unas películas y quedarnos a dormir en mi casa. Verás lo bien que se está allí.

—¿Una maleta? ¿Películas? — repetí un tanto impresionada.

—¿No te gusta la idea? — preguntó un poco acojonado al ver mi reacción.

—No lo dudo, me parece un planazo — dije alucinando por la idea de pasar el fin de semana con él.

—Pues, listo, cuando desayunemos, preparas tus cosas y nos vamos.

—Oye, ¿qué películas vas a ponerme? — pregunté con intención de ponerlo en un compromiso y reírme un poco de él.

—Tengo de todo tipo: romántica, acción, terror. Lo que quieras.

—A mí me gustan las de terror, pero las clásicas como Viernes 13 — dije yo entusiasmada.

—Joder, pensaba que eras de románticas — añadió él, un poco sorprendido.

—Por supuesto, esas que no falten tampoco. Tenemos que ver Titanic. Me entran ganas de llorar desde el primer minuto —dije yo entregada completamente a la proposición de Sam.

—Perfecto, pero ahora vamos a coger fuerzas porque ayer con tanto alcohol las perdimos.

—Sí que la cogiste gorda — dijo muerto de risa.

—No me lo recuerdes... No te llesves una mala impresión de mí. Yo no soy así, Sam.

—¿Y lo bien que nos lo pasamos? — volvió a guiñarme un ojo, mientras yo colocaba las tostadas en una bandeja.

—Es verdad, hacía mucho tiempo que no disfrutaba de esta manera. A veces te metes de lleno en el trabajo y te olvidas de saborear la vida. Y la vida es más que trabajar.

—Pues nada, a partir de ahora los fines de semanas quedamos y nos vamos de fiesta — dijo con picardía.

—Eso, volviendo a la juventud.

—¿Me has llamado viejo? — preguntó frunciendo el entrecejo.

—¡Para nada ! Pero yo no sé si sería capaz de volver a repetir lo de anoche y hablo en serio.

—No me digas eso que me vengo abajo. Yo todavía creo que soy un chaval.

—No. Te cuidas y estás muy bien. Pero yo al menos no estoy ya para hacer botellón

Tras el desayuno, fui a ducharme. Antes, había preparado la pequeña bolsa de viaje de fin de semana, ya que estaba claro que me iba a quedar en su casa. Mientras yo hacía todo eso, Sam fregaba y secaba los platos y las tazas. Luego se vistió y se sentó en el sofá delante de la tele.

Al salir de la ducha, me sequé. Podía escuchar el ruido de la tele al fondo. Me hubiera encantado que hubiese entrado a mi habitación y me hubiese sorprendido desnuda. Pero no lo hizo. Verdaderamente

era un caballero. La luz de la mañana entraba a mi cuarto e iluminaba mi cuerpo. Volví a sentirme una diosa al echarme el aceite sobre mi cuerpo. Quería estar espléndida.

El cielo despejado y las voces de los niños y las madres en el parque me daban la vida y saber que Sam estaba allí conmigo me hacía sentir una mujer especial. ¿Sería Sam ese hombre que veía en mí lo que no había sido capaz de ver Nelson? ¿Tendría alguna posibilidad de crear un futuro con ese chico? Entonces recordé las palabras de Melisa, esas palabras que me aconsejaban que no me comiera el tarro, que aprovechara cada instante del día.

Un rato después salimos directos para ir al supermercado y a la pastelería antes de encerrarnos en su casa, frente a esa chimenea. Solo de pensarlo se me hacía muy apetecible.

Llegamos a su casa y me puse a mirarla de arriba abajo mientras él guardaba la compra. Me sentía una niña pequeña haciendo algo prohibido aunque él mismo me había animado a que lo hiciera, pero me sentía extraña de todas formas. Estaba sobriamente decorada y con un gusto perfecto, se notaba el toque masculino, le gustaba lo simple por lo que deduje de lo funcional que era todo y eso me gustó aún más. Era muy Sam todo, por lo que yo lo iba conociendo.

—Me vas a ayudarte a cocinar, ¿no? — pregunté cuando entré de nuevo en la cocina.

—No, tú haz lo que quieras, como si quieres tomar un baño, pero no me molestes, puedes desconcentrarme.

—¿Necesitas concentrarte para hacer una paella? — pregunté divertida, con todo el morro que Dios me había dado, abrí el frigo y saqué una lata de refresco, me senté a la mesa para tomármela — ¿Puedo fumar aquí?

—Sí y sí. Ahí hay ceniceros, dejé de fumar hace poco — explicó —. Y claro que sí, la paella es mi especialidad pero tú ya me desconcentras bastante solo estando aquí, cuanto más si te pones a ayudarme — me miró y me sacó la lengua.

—¿Te desconcentro? ¿Por qué? — bebí un poco de la lata.

—Olvídalo, solo fue un comentario — empezó a picar la verdura.

—Mmmm... — me levanté y fui a por mi tablet, no iba a ningún lado sin ella.

Fue divertido estar ahí, haciendo cosas mientras él cocinaba y bromeaba conmigo de vez en cuando. Era como cuando vivía con Nelson, parecía que había pasado mucho tiempo sola pero no era así, aunque con Sam era diferente, me encontraba muy relajada y eso que tampoco lo conocía tanto, pero era el efecto que él tenía en mí.

No pude probar la paella, que olía de maravilla, hasta que estuvo servida en los platos, casi puse cara de haber tenido un orgasmo cuando lo hice.

—Y tan de puta madre que te sale — dije sin pensarlo.

Sam empezó a reírse y así pasamos la comida, como si nos conociéramos de toda la vida.

La tarde fue igual, un ambiente perfecto. Nos sentamos los dos en el sofá y jugamos al parchís.

—¡Sí! — grité y pegué un salto del sofá cuando le gané.

—Has hecho trampa — dijo seriamente.

—Una leche, trampas, si es que eres muy malo — me reí.

—Nadie es malo jugando al parchís.

—Ya, bueno, eso pensé yo hasta que te vi jugar a ti — no podía dejar de reír.

Me hizo caer al sofá y empezó a hacerme cosquillas y era algo que yo no soportaba, me retorcí y lloré mientras reía.

—¡Para! — chillaba una y otra vez hasta que dejó de hacerlo y nos quedamos los dos mirándonos un rato a los ojos.

—Te toca elegir película entonces — carraspeó y se separó de mí.

—Sí, Viernes 13 — dije roja como un tomate.

—Pfff, me arrepentiré de esto...

Le saqué la lengua, intentando evitar el episodio incómodo del sofá y al poco tiempo estábamos otra vez como siempre, relajados. Pedimos comida china para cenar y nos sentamos más tarde a ver una peli en el sofá.

Me quedé dormida casi sin darme cuenta, Sam me despertó para que me fuera a la cama, me tapó con las mantas y me dio un beso en la frente.

Cuando escuché sonar el móvil, lo miré somnolienta. ¿Un mensaje de Sam? Pero si me acababa de dejar en la cama y estaba en la habitación de al lado.

“No sabes cómo me gusta tenerte aquí...”

Sonreí como una idiota, lo mío era de película.

“Ya te cansarás de aguantarme.”

“¿Me estás retando, Marta?”

“¿Yo? Para nada, solo bromeaba.”

“Descansa, te veo por la mañana.”

“Buenas noches.”

“Ah, y Marta...”

“¿Sí?”

“Sueña conmigo. Besos.”

Sonreí de nuevo, este chico sabía cómo ganarme...

El domingo, al levantarme, ya tenía el desayuno preparado, me acerqué a Sam y le di un beso en la mejilla y me regaló una preciosa sonrisa. El día fue corto, tenía que volver a casa a preparar algunas cosas para el trabajo al día siguiente, así que después de almorzar con él, me dejó en mi piso.

En ese momento me di cuenta de lo bien que me sentía con él y de cómo me costaba separarme de su lado.

Tenemos un problema..., pensé.

Capítulo 6

Me desperté muy ilusionada por el fin de semana que había vivido y sobre todo porque ya no me hacía tanto daño en pensar en Nelson. Era una mujer distinta. Sentía que era una mujer distinta. No era ya esa mujer a la que habían destrozado el corazón. Me sentía realizada. Salí de mi casa directa hacia el trabajo, pero, poco antes de salir, abrí el buzón puesto que se me había pasado hacerlo el viernes.

Me impresionó ver que había una carta del juzgado en la que me citaba para ir a recoger una notificación lo antes posible. El corazón me dio un vuelco ya que yo había solicitado al juez de todas las formas posibles que me aportara información sobre mis orígenes ya que mi partida de nacimiento no aparecía por ningún lado y no encontraba ninguna información de mis familiares.

Además sentía que ahora vivíamos una época donde saber algo así era crucial para cualquier persona. Cuántas veces había llorado delante de esos programas de televisión en que hijos e hijas buscan a padres y familiares, y éstos aparecen por sorpresa. Cuántas veces no había deseado llamar a la televisión para que yo recibiera una sorpresa como esa. Nelson siempre me dijo que todo eso era una estupidez y que quizá mis padres estuviesen muertos o no querían saber nada de mí después de todos estos años.

El hecho de no saber de dónde eres o quién eres en realidad puede convertirse en una pesadilla. Hasta ahora lo había llevado bien, aunque había pasado momentos de mi adolescencia y de mi juventud en los que hubiese agradecido tener unos padres a los que confiar mis secretos, con los que compartir mis preocupaciones y de los que recibir útiles consejos.

Llegué al trabajo y comenté que tenía que acercarme al juzgado. Me dijeron que no me preocupase. Antes de salir por la puerta, Melisa, que venía de desayunar, me paró y me acosó con toda clase de preguntas.

—Chica, cuéntame cosas. ¿Cómo vas con tu novio? ¿Es bueno en la cama? ¿Tiene dinero? ¿Te hace feliz? ¿La tiene más larga que Nelson?

—Joder, ni los buenos días. Ya te he dicho que, por ahora, no te puedo contar nada. Pero, para que te quedes tranquila, va todo bien. Y me acuerdo de lo que me dijiste. Si me acuesto con él, serás la primera en saberlo — dije yo con prisa, intentando no ser antipática.

—Esa es mi chica. Te dejo. Veo que tienes prisa.

—La verdad es que sí. Tengo que ir al juzgado.

—Espero que no sea nada grave.

—No. Ya te contaré, pero es muy importante para mí — dije y salí aprisa sin apenas acabar la frase.

Estaba muy nerviosa cuando llegué al juzgado. Mi corazón latía de forma acelerada. Me sudaban las manos y había aparcado el coche en zona azul y, cuando estaba subiendo las escaleras, me di cuenta de que no había colocado el ticket de pago. Me daba igual que me multasen. Ahora no iba a volver. Sentía un nudo en el estómago según me acercaba al control de la entrada. Cualquier persona que estuviese en mi lugar lo entendería.

Llevaba años viviendo en una soledad no buscada, en la desprotección que causa no saber por qué tus padres no se hicieron cargo de ti. ¿Por qué acabé en un orfanato? ¿Por qué tenía que resignarme a no conocer la verdad de mi nacimiento? Necesitaba saber si el juez había aprobado mi solicitud o de lo contrario no había podido encontrar absolutamente nada.

Atravesé muy nerviosa el control policial que había en la entrada y me dirigí hacia el número del despacho que venía en la carta. No había demasiado trabajo en estos momentos que yo pudiera observar. Llamé a la puerta y pedí autorización a la chica que estaba allí, tecleando informes y cartas. Me dijo que pasara. Al llegar hasta ella, le entregué la carta y fue a buscar el expediente.

Vi que traía la carpeta en las manos y lo abrió, y se puso a leerlo para informarme.

—Verás, Marta, este es el pleito que llevas cuatro años solicitando contra el Registro Civil de esta ciudad. Por fin el juez te ha dado la razón y aquí tienes toda la partida literaria tuya con la que espero que resuelvas esas dudas que tiene sobre tus orígenes. Suerte.

—Gracias, señorita. Gracias. He luchado mucho para llegar a esto. He vivido toda mi vida sin saber quién soy en realidad — dije con tono penoso.

—No eres la primera que viene. Por desgracia, hombres y mujeres como tú tenemos todas las semanas reclamando información de sus padres biológicos.

En esos momentos, las lágrimas empezaron a recorrer mis mejillas y cogí el sobre que me había entregado. No me despedí al salir. Estaba acongojada. Sentía alegría y tristeza al mismo tiempo. Tenía miedo a saber la verdad, pero necesitaba cerrar ese episodio en mi vida.

Es cierto que, en pocos días, me había enfrentado a muchos dilemas: la separación de Nelson, la aparición de Sam y la revelación de mis orígenes. Salí por el control policial muy emocionada y temblorosa. Quería abrirlo ya y ver la información que contenía.

Me senté en la primera terraza que vi. Estufas exteriores y taburetes altos de madera la salpicaban. Necesitaba fumar un cigarro a la vez que me tomaba un buen café que me sirvieron rápidamente. Abrí el sobre con mucho cuidado. Respiré hondo, pero no podía contener las lágrimas. Volvían a temblarme las manos y las piernas. Cerré los ojos como si quisiera negarme a saber lo que allí había escrito.

Al final comencé a leer y pude comprobar que mi nombre no había sido alterado, pero mis apellidos sí lo estaban. Un escalofrío recorrió mi cuerpo. Sorbí el café. Estaba dulce como a mí me gustaba. Curiosamente el café estaba asociado a momentos importantes de mi vida, a momentos felices, salvo cuando Nelson me dijo que me dejaba.

Mi padre se llamaba Fernando Solís Gutiérrez y tenía sesenta años. Mi madre era Lucía Bravo Carrera y era cinco años menor que mi padre. No constaba que hubiesen tenido más hijos. Yo había nacido en Madrid y ellos también.

Las lágrimas comenzaron a brotar por mis mejillas. Por fin, tenía un pasado. Por fin, tenía una familia. Unos nombres que jamás había escuchado estaban unidos a mí. Sentí alivio al leer aquellos apellidos, pero después sentí la también la ansiedad de averiguar quiénes eran aquellas personas. Descubrí que no me había librado en absoluto de la soledad que dominaba mi corazón.

Tenía unos nombres. Era algo muy importante. Un primer paso. Pero todavía no tenía nada. Y de nuevo venían las preguntas a mi cabeza: ¿De qué serviría encontrarlos? ¿Me aceptarían? ¿Serían capaces de darme unas explicaciones coherentes y creíbles sobre mi abandono? No sé si había hecho bien al conocer esos nombres.

No me daba cuenta de que la gente caminaba delante de mí, se cruzaban delante de mis ojos. Algunos hicieron el ademán de preguntarme qué me pasaba. Pero yo estaba ausente, lejos de la realidad, lejos de todo lo que me rodeaba.

Yo tenía la mirada puesta en aquel papel y mi rostro, arrasado por las lágrimas, revelaba la tristeza de alguien que todavía no ha encontrado la paz consigo mismo. Tanto esfuerzo para nada, porque no tenía claro si buscarlos ahora que lo pensaba detenidamente.

Quizá bastaba con saber sus nombres, saber que yo tenía una familia, que alguna vez la tuve. Con eso bastaba. Levanté la cabeza y miré a la gente que caminaba, que se cruzaba, que ascendía por las calles con destino a su trabajo. Volví a respirar hondo.

Mis pulmones se llenaron de un aire frío y húmedo. Mis labios se habían mojado con las lágrimas y noté el sabor salado de ellas. Pensé en Sam. Me podría aconsejar bien.

Aunque parezca mentira, al guardar el informe en el sobre tuve la sensación, la misma sensación que experimentaba en el orfanato cuando uno de mis compañeros se marchaba de allí porque había sido adoptado y yo me quedaba sola, doblemente sola, sin padres y sin ese amigo o esa amiga que había

vivido allí en el centro donde todos formábamos una gran familia.

Volví a tener la certeza de que quizás mis padres no querrían saber nada de mí y posiblemente mi aparición podría ser un quebradero de cabeza para ellos. Pero también podría existir la posibilidad de que mis padres tuvieran que abandonarme en aquellos momentos porque su situación laboral y económica era muy difícil.

Seguramente querían buscar mi estabilidad emocional en personas que sabrían cómo hacerlo. La miseria y las penurias nunca son una buena escuela de aprendizaje para una niña. Todo esto me venía muy grande, pero ya tenía las respuestas más importantes por las que había luchado los últimos años: saber la identidad de mis padres.

Llegué al trabajo le conté a Melisa el motivo de mi salida a los juzgados. Ella no se lo podía creer y no paraba de repetir el nombre de mis padres. Le echó un vistazo al informe en su mesa. Un rato después se levantó y vino hacia mi mesa, sostenía el móvil entre sus manos.

—Marta, he registrado en Facebook y he encontrado el perfil de tu madre. Estoy segura de que es ella. Además de coincidir en los dos apellidos, coincide su fecha de nacimiento con la del informe del juzgado. No sé si estás preparada para verla, pero déjame decirte que tu parecido a ella es sorprendente.

Otra vez estaba llorando como una niña chica a la vez que Melisa socorría para abrazarme.

—Enséñamela, por favor. Necesito verla.

—¿Estás preparada entonces? — preguntó ella con prudencia.

—Nunca se está preparada para estas cosas. Pero necesito hacerlo. Melisa, necesito encontrar un sentido a mi vida de una puta vez — dije con la voz rasgada.

Mi amiga me mostró la foto y me impactó verla. Era guapísima, con una sonrisa preciosa, pero su mirada emitía mucha tristeza. Solamente había nostalgia detrás de esas pupilas, como si sus ojos intentaran decirme algo. Sus ojos tan próximos a los míos.

Ni rastro de mi padre por su Facebook donde había otras fotos, mensajes, conversaciones, paisajes, como podemos tener muchos de nosotros en nuestro muro. Ella ponía muchos estados y frases de esperanza e ilusión debajo de esas fotos; algunas de ellas eran atrayentes y preciosas. De hecho, muchos de sus amigos y amigas habían compartido esos estados y mensajes.

No quise seguir mirando, porque esperaba llegar a casa para ver todo su muro.

—¿Qué te parece?

—No sé qué decirte, Melisa. Por un lado, estoy ilusionada, pero, por otro, siento una enorme rabia. Es injusto, muy injusto, todo lo que me ha pasado. Ponerle rostro por primera vez a mi madre no es nada fácil. Pero te agradezco que te hayas tomado tanto interés — dije con voz rota.

—Hay momentos, Marta, en que un hombre o una mujer descubre quién es en realidad. Cuando me dejaron plantada en el altar, creí que iba a morirme, que no levantaría cabeza. Sin embargo, aquel trauma me sirvió para descubrir que yo era una mujer valiente y capaz de superarme a mí misma. Ahora tú estás en la misma situación. Que hayas roto con Nelson y que sepas ahora quiénes son tus padres te van a ayudar a conocerte mejor, a descubrir que existe otra mujer dentro de ti, una mujer mucho más fuerte y madura — las palabras de Melisa estaban cargadas de sabiduría.

La mañana se me hizo eterna y, cuando salí del trabajo, fui directa para tirarme en el sofá de mi salón con la tablet y ver todo lo que había puesto la que parecía ser mi madre. Por el camino recibí una llamada de Sam, le conté lo sucedido y me dijo que, cuando saliese de trabajar, pasaría por mi casa a tomar un café. Me dijo además que debía contarle absolutamente todo.

Me compré un sándwich en un 24 horas que había debajo de casa y me senté en el sofá a tomármelo mientras abría la tablet y me ponía a revisar el muro de mi madre.

Pude deducir de todo su historial que vivía sola, que era una persona muy creyente y que siempre ponía frases relacionadas con una persona que no mencionaba. De hecho, en una frase decía:

“Por mucho que la vida te arrebatte lo que más quieres, su corazón siempre estará dentro del

mío.”

¿Lo decía por mí? No quería hacerme esas ilusiones, ya que podía ser que mi padre hubiese muerto y ella estuviese dedicando esa frase, llena de esperanza y de nostalgia, a él precisamente.

Abrí mil veces un chat con ella, pero no me atrevía a escribir. No podía dejar de llorar. La vida era demasiado injusta y me había robado demasiado tiempo como para ahora no ser capaz de dar el paso de hablar con ella. Por mucho que intente explicar todo lo que me pasaba por la cabeza, no encontraré jamás las palabras adecuadas. Jamás.

Me lo pensé mil veces y al final le envié una solicitud de amistad a ver si ella se percataba de quién era yo y me hablaba. Cambié mi foto de perfil y puse una donde se me veía bien la cara. Quería ver si ella era capaz de descubrir que yo era su hija. Quizás cuando me viese me bloquearía, pero necesitaba saber si ella tenía la intención de encontrarme, si en algún momento echó de menos a esa hija que pasó toda su infancia y juventud en un orfanato. Por muy mala que sea una madre, ese tipo de cosas no se olvidan jamás. Quedan grabadas a fuego.

Fui a ducharme y dejé la tablet sobre la mesa. Estaba nerviosa. Creo que el sandwich me sentó fatal. Me dolía el estómago y tenía ganas de vomitar. Cuando salí cogí una lata de Coca Cola y me fui para el salón a mirar si había sucedido algo en el Facebook. Al mirar de nuevo, me quedé sorprendida, pues tenía una notificación de ella. Había aceptado mi solicitud de amistad.

Abrí el chat y vi que estaba online. No pensaba escribirle hasta ver cómo ella reaccionaba. También existía la posibilidad de que aceptara a cualquier persona y ni siquiera se hubiese fijado bien en quién era yo. Aunque viendo sus amistades parecía que era muy selecta y las tenía contadas. ¿Me habría reconocido? No teníamos ni un solo amigo en común.

De repente, vi que había cambiado su estado y me lancé directa a leerlo.

“¿Coincidencia? ¿Respuestas? No sé de qué se trata, solo sé que hoy es uno de los días más felices de mi vida. Por fin lloro de felicidad. En estos momentos, no sé qué hacer, pero sí lo que me gustaría que pasara. Ya me puedo morir tranquila.”

Empecé a llorar como una niña pequeña, pues tenía muy claro que eso iba dirigido a mí. Aquellas frases iban directamente a mi corazón y, sin dudarlo, le di a un me encanta y contesté a su publicación.

“Las coincidencias no existen. Solo encuentras aquello que buscas. Comparto contigo la felicidad.”

No podía escribir más porque no dejaba de llorar. Mis manos volvían a temblar y la luz que provenía del parque tenía ahora un significado mágico para mí, era una luz de esperanza, una luz que me envolvía y me abrigaba, un abrazo invisible que no quería desprenderse de mí. Algo me decía que ella me había estado buscando o que se dio por vencida porque se lo prohibieron de alguna manera.

Ojalá Sam estuviera aquí conmigo para compartir este momento tan decisivo y hermoso. Estaba ansiosa de recibir una noticia de mi madre por privado, una noticia que no tardó en entrar. No podía creer lo que estaba leyendo.

—Hija...

—Sí, mamá.

—Te quiero, hija.

—Gracias, mamá y yo también a ti.

—Escúchame, cariño. Escúchame, por favor, yo sabía que no habías muerto. Te he buscado de mil maneras. Denuncié a todo el mundo, pero nadie me hizo caso. El poder que tenía la familia de tu padre hizo que yo no pudiera dar contigo. ¿Ha sido buen padre contigo mi niña?

Me quedé perpleja ante aquella pregunta. Creo que ella estaba viviendo una historia totalmente diferente a lo que había sucedido conmigo en realidad. Me di cuenta de que mi madre no sabía nada de donde había pasado toda mi vida hasta que cumplí la mayoría de edad.

—Mamá, no conozco a mi padre, alguien me entregó en un orfanato cuando tenía un año. Me he

criado con las monjas. ¿Acaso no sabías nada?

—¡Dios mío, como te hicieron eso! Quiero verte, hija. Quiero verte.

—¿Dónde vives, mamá?

Hasta aquel momento, las palabras “madre” o “mamá” habían estado asociadas al odio, a la indiferencia, a una continua y desesperante ausencia que jamás iba a ver completada en mi vida. Y ahora, sin embargo, de repente, me movía la ternura cuando tecleaba en mi ordenador. Qué raro se me hacía escribir una y otra vez “mamá”.

—Vivo en Tenerife. Me vine hace veinte años después de estar diez buscándote. Aquí encontré un trabajo decente para sobrevivir.

—Yo estoy en Madrid. Mamá, dame unos días y preparo todo para ir a verte un fin de semana.

—Aquí te espero con los brazos abiertos, cariño. Estoy deseando abrazar al amor de mi vida.

—Yo también, mamá. Te dejo aquí anotado mi teléfono, así podremos hablar por WassApp o por llamada.

—Vale, mi vida, que Dios te bendiga. Te amo con todas mis fuerzas.

Cuando cerré el chat, los sentimientos encontrados causaron en mí una sensación de angustia que a veces era aliviada por la ilusión y la esperanza que me transmitía el hecho de encontrarme con mi madre. La luz de la calle se tornó de un color gris a causa de unas nubes que ocultaban el sol por unos instantes. Aquella pobre claridad no dejaba de ser un símbolo del estado en el que yo estaba sumida.

Estaba demasiado nerviosa y no sabía qué hacer, era casi la hora de la cena y yo no había parado de dar vueltas por la casa, ya no sabía ni cómo sentarme. Cogí el móvil y le mandé un mensaje a Sam, no sabía si lo molestaría pero, aunque pareciera tonto, era la única persona que necesitaba en esos momentos para que me relajara. Fui directa al grano, no tenía paciencia para andarme con saludos y sabía que él lo iba a entender.

“Dime que no tienes nada que hacer hoy.”

Me respondió casi al instante.

“¿Estás bien?”

“No.”

“¿Dónde estás?”

“En casa.”

“Estoy allí en 15 minutos.”

Dejé el móvil y me tumbé en el sofá a esperarlo. Llegó puntual, me dio un abrazo al entrar y ver mi cara triste y mis ojos llorosos, me reconfortaba tanto...

Nos sentamos en el sofá y lo noté nervioso, no me gustaba haberlo puesto en ese estado, sobre todo verlo tan serio.

—¿Te ha hecho algo? — me cogió las manos y las apretó — Dímelo porque lo encuentro y te juro...

—No, no, tranquilo — negué con la cabeza y él suspiró de alivio, a saber qué estaría pensando —. Es mi madre — dije llorando otra vez.

—¿Tu madre? — preguntó sin entender.

—La he encontrado.

Me miró y fue a decir algo pero cerró la boca de golpe y volvió a abrazarme. Estuvimos así un rato, hasta que dejé de llorar y pude separarme de él para explicarle.

—Me llamaron del juzgado hoy y por fin pude conocer el nombre de mis padres, ya te lo explicaré todo con calma, la cuestión es que Melisa encontró a mi madre en Facebook y yo... Bueno, me lancé a la piscina.

—¿Has hablado con ella? — me acariciaba la mano tiernamente.

—Sí, me dijo que ella no sabía que yo no estaba muerta y que la familia de mi padre... Ay, no sé — me mordí el labio, llorando —. Yo no he estado con mi padre, no sé por qué dice eso.

—No pienses en eso entonces, no sabes nada. Tienes que dejar que ella te lo explique todo.

Asentí con la cabeza.

—Vive en Tenerife y le dije que iría a verla pronto. Pero quiero ir ya — dije llorando a mares.

—Primero relájate. Si quieres ir, vamos, yo te acompaño.

—Sam, tú no...

—He dicho que te acompaño, ¿puedes esperarte al viernes? Pido el día libre y nos vamos el fin de semana.

—Sí, pediré el día de asuntos propios — dije nerviosa y emocionada a la vez.

—Está bien, ahora compramos los billetes y no te preocupes del hotel, yo me encargo de todo cuando llegue a casa. Ahora quiero que te des un baño caliente mientras preparo la cena.

—Pero...

—Marta, ¿quieres hacerme caso? El viernes nos vamos, no te preocupes por eso. Pero tienes que relajarte y pasar estos días bien, ¿de acuerdo?

—Está bien.

Le di un beso en la mejilla y preparé un baño. Cuando salí, había preparado una cena rápida para los dos. Cenamos tranquilos y compramos los billetes de avión con destino a Tenerife.

No se fue hasta que me vio acostada y relajada y yo se lo agradecí, me calmaba mucho estar con él.

Estaba ya casi dormida cuando el móvil sonó con un mensaje e WhatsApp, sonreí sabiendo que sería él.

“Descansa, preciosa, verás que todo sale bien.”

“No sé cómo agradecerte todo esto...”

“No tienes que hacerlo, una sonrisa y pagado.”

Era tan dulce...

Era sobre todo, en momentos así cuando más echaba de menos a Nelson, aunque ese idiota no era ni de asomo como Sam, quizás era que no soportaba la soledad muchas veces.

Me estaba acostumbrando demasiado a Sam.

En fin... No era momento de pensar en eso, mi madre era lo único que ocupaba mi mente en esos momentos.

Me despedí de Sam con un mensaje.

“Que descanses, Sam.”

“Besos, preciosa.”

Cerré los ojos decidida a dormir aunque el nerviosismo no me había abandonado y sabía que iba a ser una semana infernal. No vería la hora de que llegara el viernes y salir con destino a Tenerife.

El miedo me cogió de nuevo por sorpresa y me levanté a prepararme una tila, a ver si así podía.

Capítulo 7

Desperté muy nerviosa porque apenas había pegado ojo en toda la noche y me había despertado en varias ocasiones.

Miré por la ventana y el cielo amenazaba tormenta. Algunos rayos en el horizonte me deslumbraban. Gotas de lluvia resbalaban sobre los cristales. Sentía que el cielo estaba llorando como yo lo había hecho a lo largo de estos días. Fui a la cocina a prepararme un café en mi Nespresso.

La casa estaba en silencio y ese silencio me aliviaba. Aún faltaban dos horas para entrar a trabajar. El cielo seguía palpitando con sus luces.

No paraba de darle vueltas a la cabeza. No le estaba haciendo caso a las palabras de Melisa, mi compañera de trabajo, que me había dicho repetidamente que no me comiera el tarro. Bebí y aspiré el aroma de mi Volutto. Sentí un escozor en la rodilla de mi pierna derecha. Era una señal. Lo sabía.

De pequeña, encerrada en mi cuarto con mis compañeras del orfanato, ese escozor estaba siempre presente y, por desgracia, estaba asociado a un presentimiento, a una mala noticia.

Al día siguiente, alguna de mis mejores amigas era adoptada por una familia. Me quedaba entonces desolada y ese escozor desaparecía al cabo de un rato.

Sabía que mi madre iba a tener una buena explicación a todo el misterio que había rondado mi vida. Me había gustado la forma en la que se había volcado Sam con todo este asunto. Necesitaba todo el apoyo posible y él me daba fuerzas.

Apenas eran las siete de la mañana cuando recibí un mensaje de Sam.

“Buenos días, princesa, saca esa preciosa sonrisa. El universo entero está empezando a conspirar para que todo empiece a cobrar sentido en tu vida, te deseo que pases un precioso día.”

Otra vez volví a sacar la mejor de mis sonrisas. Era increíble cómo conseguía hacer que yo me alegrara por cualquier cosa, hasta en el peor de los momentos.

“Buenos días, guapo. Me encanta despertar con tus mensajes. Espero que tú también tengas un precioso día. Mándame más mensajes de este tipo. Me encanta que lo hagas.”

Puse el móvil a un lado y no me había dado tiempo cuando había recibido otro WhatsApp pero, al abrirlo, descubrí que no era de Sam, sino de mi madre.

“Buenos días, mi vida, he estado pensando que me avises cuando vayas a comprar el vuelo ya que yo te envíé el dinero para que no tengas que hacer gastos, cariño. Me siento muy generosa. Es lo menos que puedo hacer por ti.”

Ohhh, por unos momentos sentí que me sentía arropada por mi madre, como si estuviese a mi lado, como si pudiera tocarla con solo alargar la mano. ¡Qué bonita sensación estaba experimentando! ¡Era mi madre! Todas las lágrimas dentro y fuera del orfanato habían sido causadas por esa sensación continua de ausencia y ahora todo ese sufrimiento iba a desaparecer para siempre.

“Buenos días, mamá. Ya he comprado el vuelo. Llego a Tenerife el viernes a las once de la mañana. No te preocupes por eso. Trabajo y puedo permitírmelo. Voy con un amigo, pero nos quedaremos en un hotel. Aunque pase todo el día contigo, por las noches iré a dormir a la habitación que he reservado. Perdóname y entiéndeme. Pero necesito tomarme mi tiempo, concórtete poco a poco. Ha sido muy duro vivir sin ti todo este tiempo. Supongo que, para ti, habrá sido lo mismo. No sé cómo explicarlo. No encuentro las palabras, mamá.”

No tardó en contestar. Además, me asombró lo rápido que lo hacía y el fácil manejo que tenía con los mensajes, Yo era hábil con las nuevas tecnologías, pero ella lo hacía más veloz que yo.

“Por favor, hija, no me hagáis eso. Tu amigo es tan bien recibido como tú en esta casa. No reservéis ninguna habitación. Os recojo en el aeropuerto el viernes a las once y no vale decirme lo

contrario. Estoy deseando verte y quiero pasar todo el tiempo que pueda contigo. Yo tampoco encuentro las palabras, hija. Ha sido muy difícil para mí vivir sin encontrarte. Tengo que confesarte muchas cosas. Pero todo a su tiempo. Todo a su tiempo.”

Llamé rápidamente a Sam y le comenté lo que me había dicho mi madre y me entró la risa. Me dijo que era normal, así que a él no le importaba que fuésemos a la casa de mi madre, pero que no quería ser un incordio para nosotras. Que a lo mejor se había precipitado al decirme que me acompañaba.

—No digas tonterías, Sam. ¿Cómo vas a ser un incordio? Te has convertido en una persona muy importante para mí. Te necesito cerca — dije con tono serio.

—Está bien. No quería preocuparte. No quiero que interpretes que me estoy entrometiendo en tu vida — añadió él, distante y serio también.

—No. Te lo repito. Necesito que estés a mi lado. Es mi madre. Es cierto, Sam. Pero también es una extraña para mí y no quiero verme sola si las cosas no salen como yo espero — dije intentando convencerlo para que no me dejara en la estacada.

—Está bien. Solamente quería asegurarme de que no era un estorbo.

—En el peor de los casos, si necesito estar a solas con ellas, te lo digo y listo.

Así que, tras hablarlo, acepté la invitación de mi madre y se lo comuniqué. Aquel mensaje la puso muy contenta.

“Gracias, hija. No te vas a arrepentir. Cuento los segundos para verte. ¿Sabes una cosa? Algo me decía en mi interior que ibas a aparecer en mi vida pronto. No sé por qué. Soñaba contigo, con tu cara, con tu figura, aunque no te conociera, aunque no recordara nada de ti. Eras un bebé cuando te fuiste de mi lado. Espero que puedas perdonarme, cariño.”

El lunes se me pasó volando. Después del trabajo, fui a un centro comercial a comprar ropa nueva y a echar la tarde ya que no me quería meter en mi casa comiéndome tanto el coco. Le tenía que haber pedido a Melisa o a Paula que me acompañaran. No es bueno estar tanto tiempo sola. Porque, aunque me había propuesto no hacerlo, no dejaba de pensar en todo lo que me estaba pasando.

¿Estaba feliz? En el fondo estaba muy feliz, pero también nerviosa por reencontrarme con mi madre, esa que tanto había ocupado tanto tiempo de fantasía en mi cabeza.

Me la imaginaba de mil formas e incluso siempre soñaba que venía a buscarme y me decía que me quería; algo parecido a lo que me había dicho ella en aquel mensaje. Soñar con fantasmas era lo que habíamos hecho hasta ahora, soñar con fantasmas. Cuando pudiera abrazarla y besarla, se acabarían esas pesadillas, sueños extraños y asfixiantes donde estaba privada del cariño, de los orígenes.

El martes aproveché para ir con mi amiga Paula a comer. No volvería a quedarme sola en un centro comercial. Pensar y darle vueltas a la cabeza en mi situación no conducen a nada. Mi amiga estaba flipando con todo lo que le estaba contando.

—No me lo creo, Marta. Conoces al amor de tu vida y ahora aparece tu madre.

—Bueno, yo no he dicho que si al amor de mi vida, pero tampoco me importaría que lo fuese. Es tan fuerte todo que ya no me queda lugar en la cabeza para Nelson.

—Para que veas que después de lo malo siempre llega lo bueno. Nelson era la última mierda que debías quitar de tu vida y ahora todo empieza a salirte bien. Eres una tía cojonuda. Estás más buena que yo. Ya sabes que te lo he dicho muchas veces. Eres una tía trabajadora, sensible e independiente. No tenías por qué arrastrarte.

—Ese tío era un machista y se permitió el lujo de ponerte los cuernos. Vaya un cabrón.

—Cálmate, Marta. Te veo más afectada que a mí.

—Claro que estoy afectada. Te aprecio, Paula, desde hace muchos años. Tú también me has ayudado en momentos muy malos de mi vida. ¿O no te acuerdas de la biopsia? Temblaba y tú estuviste a mi lado siempre.

—Menos mal que todo quedó en un susto.

—Sí, menos mal. Pero a veces sueño con ese maldito bulto en el pecho. Marta, fuiste la única amiga que entendió mi preocupación y que me acompañaste al médico a ver los análisis y comprobar mis resultados.

—Joder, tía. Me vas a hacer llorar — dije yo, emocionada con aquellas palabras tan afectuosas.

—Dejar a Nelson es lo mejor que te ha pasado en la vida. Estás llena de energía, de luz. Hasta tu pelo tiene otro color — añadió ella con un tono serio, como si sentenciara.

—Pues parece que tienes razón. Eso mismo he pensado varias veces últimamente. Que he hecho la gilipollas al lado de este tío todo este tiempo.

—Yo te veo genial, has dado un cambio bestial. Este chico empezó a iluminarte la mirada y, ahora lo de tu madre, creo que va a ser el detonante para que brilles más que nunca. Te tengo envidia, ¿sabes? Envidia sana.

—Tengo mucho miedo al reencuentro del viernes a la vez que muchas ganas.

—Por lo que me has contado, ella te dará muchas respuestas y te va a recibir con mucho amor.

—Yo también pienso lo mismo. Pero estoy muy nerviosa. Ayer fui al centro comercial y me senté a pensar. Fue lo peor que hice. Volvieron los miedos, los fantasmas. Por esa razón te he llamado. No quería preocuparte. Pero necesitaba tanto contarte lo que me había pasado.

Me ofendes. Si no llegas a llamarme, te mato — dijo riendo.

La semana pasó volando y por fin llegó el jueves a mediodía. Llegué a mi casa y me tumbé un rato en el sofá. Sobre las 8 de la tarde aparecería Sam para dormir conmigo y volar al día siguiente para Tenerife.

Llegó antes de tiempo y con la cena preparada, había comprado algo en el restaurante de debajo de mi casa para que no tuviera que cocinar. Le di un gran abrazo al verlo y nos tomamos una copa de vino en la cocina hasta que decidimos cenar.

—¿Nerviosa? — preguntó cuando nos sentamos en el sofá después de comer y recoger la cocina.

—Sí, no he podido dormir en toda la semana, y las pocas horas que lo he conseguido, no he descansado.

—Se te nota en los ojos — acarició mis párpados —. Pues esta noche tienes que dormir.

—Tengo tantas ganas de verla, Sam...

—Lo imagino, no puedo ni siquiera imaginar qué es lo que estás pasando, cómo se siente eso. Y aunque no te sirva de mucho, quiero que sepas que estaré contigo en todo momento.

—No sabes cómo me alivia eso, te has convertido en alguien muy importante para mí.

Sonrió con esa sonrisa de niño pequeño que me encantaba y yo me apoyé en su hombro.

—Solo quiero dormir esta noche y verla lo más rápido posible.

— Intenta descansar aquí, yo te despierto si te duermes.

Puso un documental y nos tapó a ambos con una manta. Yo intentaba despejar la mente pero era imposible, seguía demasiado nerviosa.

Sam, al ver que así no me relajaba, me mandó a la cama y le obedecí, esperando que quizás allí, pudiera cerrar los ojos y dejar de pensar.

Le ayudé a preparar el sofá para que durmiera, le di un abrazo y me fui a mi dormitorio.

Pero dormir era imposible, comencé a dar vueltas en la cama, cambiando de postura y era incapaz. Estaba desesperada, ese estado de nerviosismo iba a acabar conmigo.

Encendí la luz de la mesilla de noche y miré la maleta que ya estaba lista, volví a llorar, nerviosa. Había intentado no hacerlo desde que Sam llegó, pero ya no podía aguantarlo más.

Cogí el móvil y le mandé un mensaje a Sam, aunque estuviéramos en la misma casa, como él hizo cuando estuve en la suya.

“¿Estás despierto?”

“Sí.”

“No puedo dormir.”

No me respondió, si no que un rato después llamó a la puerta y entró en mi cuarto cuando le dije que adelante.

Se acercó a la mesilla de noche y apagó la luz, lo que me hizo pensar que se había ido. Pero noté cómo la cama se hundía por su peso. Se tumbó en la cama conmigo, nos tapó a ambos y me abrazó.

—Duerme — me dio un beso en la cabeza.

—Pero no te vayas — le pedí, pensando que así podría descansar.

—Ni en sueños.

Cerré los ojos y volví a pensar en mi madre. Ya quedaba menos para estar cerca de mi ella.

¿Qué haría?

No quería pensar en eso, solo en que todas mis dudas se resolverían pronto.

Capítulo 8

Sonó el despertador a las 5 y nos levantamos para tomar un café rápido, cogimos las maletas y nos fuimos pitando para el aeropuerto ya que nuestro avión salía a las 8 de la mañana. Tomamos un té y unas tostadas mientras esperábamos. Yo estaba callada, muy callada, algo que no era normal en mí.

—No estés triste, Marta. Piensa en positivo. Tienes que ser optimista. Además, me tienes aquí por si las cosas no salen bien — dijo Sam con ternura acariciándome la barbilla.

—Lo sé. Pero tú no entiendes lo que significa ser huérfana y que, de repente, descubras que tu madre está viva y que no fue su deseo entregarme a un orfanato — dije nerviosa, confusa, con la lengua seca a causa de los nervios.

—Es cierto. Yo no puedo saber qué es eso. Pero ahora que tengo más confianza contigo, te diré que mi padre lo era. Era huérfano. Nunca conocí a mis abuelos paternos. No sé si él hizo mucho por encontrarlos. Me da que no. Pero, ahora que lo dices, siempre lo noté distante y apagado cuando la familia de mi madre venía a casa algunos domingos o por Navidades.

—No sabía nada, Sam. Lo siento.

—Quizá nunca le he dado la suficiente importancia a no tener padres, porque yo sí los tuve. Ha sido contigo cuando me he dado cuenta de muchas cosas. Por ejemplo, me he dado cuenta de que mi padre siempre ha sido un hombre entregado. Estuvo encima de nosotros en los estudios, en el deporte, en los festivales. Creo que ser huérfano lo hizo más sensible y protector — dijo Sam con palabras inteligentes, mirándome fijamente a los ojos y sin dejar de acariciar mi barbilla.

Dejamos la cafetería y, cuando pasé el control de seguridad para irnos a la puerta de embarque, miré a Sam y comencé a llorar como una niña chica.

—Llora lo que necesites, Marta — dijo mientras me abrazaba muy cariñosamente.

—Toda mi vida esperando para este momento. Soy una tonta comportándome así, ¿verdad? Dime que soy una tonta. Dímelo. No te merezco.

—Vamos, Marta. Debes ser valiente y no eres ninguna tonta. Es normal lo que estás experimentando. Escúchame atenta, es normal por lo que estás pasando.

—Tengo miedo. No quiero verla. No sé quién es esa mujer en realidad. Son muchos años de soledad, mucho tiempo perdido entre nosotras.

—Lo sé, pero ya va a suceder. No te puedes echar atrás después de todo este esfuerzo, después de luchar tanto contra tus sentimientos y en los juzgados. Tienes que disfrutar del momento tan bonito que vas a vivir y con el que tanto habías soñado.

Algunos pasajeros nos miraban asombrados. Al vernos abrazados y que yo no dejaba de llorar, pensarían que nos estábamos despidiendo para mucho tiempo o para siempre. Como en esas películas de amor que a veces veía con Paula para hartarnos a comer helado de chocolate y para llorar sin parar como si fuésemos protagonistas de esa historia.

En este momento llamaron a embarque y nos pusimos en la cola para entrar al avión. Sam intentó relajarme con arrumacos y palabras de cariño, pero estaba de los nervios. Me pasé todo el vuelo resoplando, moviendo las piernas, temblando, mirando a Sam que no paraba de sonreír al verme con ese ataque. De nuevo volvió el escozor a mi rodilla, ese maldito escozor.

El vuelo se me hizo eterno. No paraba de preguntar la hora y era incapaz hasta de hablar y Sam me acariciaba la mano constantemente. Pero respetaba mi silencio, algo que en esos momentos era muy importante.

Cuando aterrizamos en Tenerife, me empecé a dar cuenta de que ya era cuestión de minutos. Apreté la mano de Sam y me respondió de la misma manera. Pensé para mis adentros que, al igual que yo, había

entre esos miles de pasajeros, alguna persona en la misma situación que yo, pero eso nunca lo sabría.

Fuimos directos a recoger la maleta y, al salir por la puerta, pude verla enfrente esperando mirando impacientemente. Me reconoció enseguida y se vino corriendo hacia mí gritando: ¡Hija mía, hija mía! Lloraba al mismo tiempo que no dejaba de sollozar y se abrazaba a mí muy fuertemente y yo le correspondí de la misma manera.

No paraba de decirme guapa y lo mucho que me quería. No podía dejar de llorar aunque yo estaba de igual manera. Luego se acercó a Sam y se lo comió a besos. Creo que no entendió muy bien con la palabra “amigos” y ella pensó que éramos algo más.

Salimos hacia el parking donde tenía aparcado su coche. Me llevaba de la mano y no dejaba de llorar. Por el camino empezó a explicar su vida en Tenerife y lo tranquila que había sido. Parecía que había estado todo el tiempo esperando a este momento. Realmente lo había estado esperando.

Llegamos a su casa y me gustó el lugar en el que estaba, llamado Icod de los Vinos. Era una preciosa casa baja de estas antiguas en una calle. Al entrar percibí lo limpia que era.

Nos llevó a una habitación con dos camitas y nos dijo que ahí teníamos nuestro cuarto. Se retiró a la cocina y nos dijo que, cuando quisiésemos, que apareciéramos por allí después de acomodarnos.

—Me encanta tu madre, me parece una persona súper entrañable y veo en sus ojos que ha debido soportar muchos golpes en la vida.

—He tenido la misma sensación que tú. Creo que ha sido víctima de una situación muy complicada y que la llevó a estar separada de mí.

—No lo dudes, ya verás cómo te cuenta la historia.

—Estoy deseando saberla....

Salimos hacia la cocina y nos tenía preparado una botella de licor típico de allí con un poco de queso y unas aceitunas, a modo aperitivo, a la vez que nos servía un guiso que tenía preparado para la hora de la comida y que olía deliciosamente.

—Hija mía, no sabes cómo has llenado esta casa — dijo mientras nos servía la copa con el licor.

—Gracias, mamá.

—No sabes cuánto he sufrido. Me tomaron por loca. Tenías apenas un año cuando estabas ingresada en el hospital. Fui a casa a recoger ropa y, a la vuelta, me dijeron que habías fallecido. Nadie quiso enseñarme el cuerpo e hicieron que todo se resolviese muy deprisa. Yo le dije a tu padre que sabía que todo eso era cosa suya, pero pensé que era para llevarte con él ya que nos estábamos separando. Su familia nunca aceptó nuestra relación — la voz de mamá sonaba triste, profundamente triste y yo estaba a punto de llorar.

—Pero... ¿él no me quería?

—Si te hubiese querido no te habría entregado a un orfanato. Yo sé que habría movido cielo y tierra para fingir que habías muerta.

—No entiendo por qué quería hacerte daño de esa manera.

—Pedí mil veces la partida de defunción e incluso me llegaron a dar una que nunca me creí. Luché contra viento y marea durante diez años. Tu padre se quitó de en medio y nunca más supe de él. Yo nunca me creí lo de tu muerte, pero pensé que estabas a su cargo. En el fondo eso me tranquilizaba, aunque no te tuviera junto a mí. Siempre rezaba porque te hiciese feliz aunque hubiese actuado de aquella forma. ¡Es un demonio! Arrancar a su hija de la madre y encima abandonarla a una casa de acogida — lloraba desconsoladamente y me levanté a abrazarla.

—Tranquila, mamá, ya has sufrido demasiado.

—Me he perdido toda tu hermosa vida y encima no he podido arroparte cuando más lo necesitabas.

—Nos queda un precioso tiempo por delante para recuperar todo ese tiempo perdido. No te martirices más, me llena de amor saber que siempre me has querido y has luchado por saber de mí.

—¿Y si empezamos a recuperar ese tiempo ya? —preguntó Sam.

Las dos lo miramos sin entender.

—Solo proponía dar un paseo y comer fuera, en algún sitio bonito —dijo encogiéndose los hombros.

—Ay, sí, quiero presumir de hija — sonrió mi madre limpiándose las lágrimas.

—Vale — accedí —, pero me tengo que cambiar — le saqué la lengua a Sam mientras me limpiaba mis mejillas también.

—Sí, tomad una ducha y arreglaros con calma, tenemos tiempo.

Mi madre nos enseñó el baño y yo entré en la ducha antes que Sam, salí con la toalla alrededor de mi cuerpo y entré en el dormitorio. Él estaba eligiendo la ropa que iba a ponerse y carraspeó al verme.

—Me olvidé la ropa — dije tímidamente.

—No te preocupes — dijo sin darle importancia —, voy a ducharme — señaló la puerta pero no salía.

—Aha...

—Bien, sí, me voy — dijo nervioso y me hizo gracia verlo así.

Una hora después estábamos tomando el sol mientras paseábamos por la calle, yo iba agarrada al brazo de Sam y mi madre me agarraba la otra mano, lo que me hacía sentir muy bien.

Apenas hablamos más del pasado y lo agradecía, le conté sobre mi vida en la actualidad y le hablé de Nelson. Noté que Sam estaba un poco incómodo escuchándome hablar de mi ex, pero no le di importancia, tal vez sería porque me tenía cariño y me había visto sufrir demasiado.

Comimos en un pequeño restaurante donde se notaba que conocían a mi madre muy bien, parecía que todo el mundo me estaba esperando y me saludaron y atendieron con mucho cariño, igual que a Sam, a quien todo el mundo consideraba mi pareja. Ambos sonreíamos y ninguno de los dos lo negaba.

Llegamos a casa a media tarde y Sam se durmió una pequeña siesta mientras mi madre y yo seguíamos poniéndonos al día, teníamos mucho de lo que hablar, no nos cansábamos.

Tras la cena, nos despedimos con besos y abrazos y Sam y nos acostamos en nuestras camas.

—¿Cómo te sientes? — preguntó Sam, acostado en la cama de al lado.

—Es todo tan extraño — lo miré —, como si la conociera de toda la vida.

—Supongo que es normal. Se nota que ha sufrido mucho.

—Sí, demasiado...

—Eh, no te pongas triste — pero yo ya había comenzado a llorar. Sam se levantó de la cama y se acostó conmigo en la mía —. No, no me gusta verte así — me cogió la cara con las manos y me limpió las lágrimas pero yo no dejaba de llorar —. ¿Tengo que hacerte cosquillas para que rías?

—Ah, no... — gemí — Yo me río — le enseñé una falsa sonrisa.

—Bueno, me conformaré con eso — se quejó.

—Me va a costar separarme de ella ahora que la he encontrado — le confesé.

—Pero tú lo has dicho, la has encontrado. Hablarás con ella todos los días y estoy seguro de que os veréis más de lo que crees.

—Gracias por todo, Sam.

—No me las des, quizás debo de dártelas yo a ti.

—¿Por qué dices eso? — pregunté extrañada.

—Duerme, Marta — dijo dándome un beso en la cabeza.

—Eres un mandón.

—Sí, cuando quiero — rio —, así que duerme.

—No tengo sueño.

—Pero yo sí, vamos.

Me acomodó en su pecho y notaba cómo se reía.

—Me la pagarás. ¿Piensas dormir aquí?

—No, ya me voy...

Hizo el intento de levantarse y lo paré.

—Ni en sueños, Sam — le advertí.

Y él volvió a reír a la vez que yo sonreía y dormía como hacía tiempo que no lo hacía.

Capítulo 9

Por la mañana ya se podía escuchar el ruido de la cafetera antigua desde la cocina de la casa. Miré hacia Sam que me estaba observando desde su cama, lo que me hizo saber que se había cambiado. Entendiendo mi confusión me dijo que lo hizo para que yo estuviera más cómoda.

Si el supiera..., pensé.

Saltó de su cama a la mía para darme un gran abrazo de buena mañana. Los días eran otros, felices, simplemente felices, al lado de él.

Nos fuimos hacia la cocina y me fui para mi mamá a darle un gran abrazo. Por primera vez en mi vida, sentía que pertenecía al mundo, que yo no era diferente a mis amigas que podían hablar en cualquier momento con sus padres.

Ahora yo era como ellas y Sam estaba a mi lado, siendo testigo de esa nueva mujer en la que me había convertido.

“Hay un momento en la vida en que un hombre o una mujer sabe quién es”, recordé esa frase de Melisa. Cuánta razón tenía.

Yo ya sabía quién era. Yo tenía madre y a alguien muy importante que me apoyaba, que parecía quererme desde el compromiso y la generosidad. No podía negar que Sam estaba siendo muy generoso conmigo.

Mi madre nos ponía todo con muchísimo amor y cariño. Sentía que debía tratarme así, como si ella necesitara recuperar su faceta de madre que cuida de una hija adolescente.

Me hacía mucha gracia comprobar lo metida que estaba en el papel. Me reñía si intentaba ayudarla. En el fondo parecía que me quisiese tratar como aquella niña pequeña que nunca pudo cobijar. Y yo disfrutaba con cada una de sus acciones.

—Marta, no tienes por qué ayudarme. Disfruta del día. Atiende a Sam. Mira lo aburrido que lo tienes — dijo ella con ironía.

—Mamá, no seas cabezona. No me cuesta nada ordenar y limpiar. Y por Sam no te preocupes que sabe cuidarse él solito.

—No seas engreída ni contestona.

Nos propuso dar un paseo un día por aquella maravillosa isla y nos fuimos en su coche y directos al norte de Tenerife a perdernos por sus calles. Quería enseñarnos lugares como el Lago Martiánez en el que aprovechamos para tomar algo y darnos un baño ya que el clima lo pedía. Eran unas vacaciones merecidas, pero había algo especial, inolvidable, claramente inolvidable: Sam y mamá.

Entramos a una tienda de ropa y mi madre me regaló dos camisetas muy chulas además de un vestido vaquero tipo camisola. Había que frenarla ya que me quería comprar todo lo que veía porque decía que era tan mona que todo me quedaba genial.

Sam reía y callaba. De vez en cuando le guiñaba un ojo para comprobar que no se aburría. Notaba que estaba disfrutando con aquel espectáculo. La luz en aquella isla era cálida y nítida. Calentaba tu cuerpo y te llenaba de vida y energía. El olor a mar, a sal, penetraba en tus pulmones y te elevaba.

Mi madre comenzó a contarme que hacía dos meses que había terminado ya de trabajar y que le quedaba una paga de prejubilación ya que tenía un problema en la mano. Le habían tenido que operar dos veces el tendón y su trabajo de cocinera en la residencia hacía que la mano empeorara.

Al final el tribunal médico le había dado la razón, así que me estaba diciendo que quería vender la casa, que ya tenía apagada, e irse a vivir a Madrid. Insistía en que no me pensaba molestar, pero que quería vivir cerca de su hija. Yo le dije que me parecía una idea perfecta.

Era realmente lo que más deseaba en este mundo, poder disfrutar de mi madre día a día.

Le ofrecí que viniera a mi casa, pero ella prefería tener la suya para no invadir mi intimidad y no sentir que vivía a costa de su hija. Yo la comprendía perfectamente y en el fondo lo agradecí.

—Mamá, ¿sabes la alegría que me das al venirme a Madrid? Tenerte cerca será cumplir un sueño — dije ilusionada.

—Lo sé. Esta isla ha sido como un destierro. Tenerife ha sido como un hogar para mí. Pero he estado sola, muy sola. Pese a las amigas que he hecho y algunos novios, no he echado raíces — dijo apenada, muy apenada, mirándome a los ojos.

—Imagino por lo que has pasado. Pero ahora es tiempo para celebrar que el destino ha querido que nos encontráramos — dije yo con lágrimas en los ojos.

—Me hace mucha ilusión aprovechar los años que me quedan haciendo lo que no he hecho nunca, cuidándote, dándote cariño, aconsejándote. Vas a pensar que soy una tonta, pero no deseo otra cosa. ¿Qué hago yo ahora en Tenerife? — sus palabras sonaron sinceras y confirmaban que había sufrido demasiado.

—Te entiendo perfectamente. Sam sabe por lo que he pasado y será un orgullo para mí presentarte a mis amigas como esa madre de la que siempre les hablé y que nunca conocí — dije yo, mirando a Sam para buscar su apoyo y complicidad.

—Marta, ha sufrido mucho. Le hará muy feliz que venga con ella a Madrid. Creo que necesitan conocerse mejor y cerrar un círculo por fin — comentó Sam con seguridad.

Pasamos todo el día paseando por aquella ciudad y probando algunas cosas típicas de allí como las patatas al mojo picón.

Volvimos a casa después de cenar también en la calle, un restaurante exótico donde se mezclaba la cocina canaria con platos mediterráneos y africanos. Aquellos sabores se mezclaban con la agradable sensación de tener a mi lado a las dos personas más importantes de vida.

Ojalá me vieses Paula y Melisa allí. Cuando llegara a Madrid, no sabría por dónde empezar a contar esta historia. Afortunadamente, el escozor de la rodilla no había vuelto a aparecer, ese escozor que me advertía que algo o alguien me iban a ser arrebatados.

Al día siguiente teníamos que volver para Madrid y eso nos apenaba mucho a mi madre y a mí.

—Es una pena que te tengas que marchar ya.

—Madre, no digas eso. Vamos a estar pronto juntas. Y ahora sé que eres una persona maravillosa en la que puedo confiar y a la que necesito.

—Me gusta que me digas esas cosas. No sabes cuántas veces me han preguntado si tenía una hija o un hijo. Y yo callaba. Y yo callaba el dolor de una ausencia. Simplemente sonreía y me justificaba argumentando que no había tenido suerte en el amor o cambiaba de tema rápidamente.

—¿Y no volviste a enamorarte, mamá? ¿Y no quisiste tener más hijos?

—No. Tu desaparición y la sombra de tu padre me impidieron tener relaciones duraderas. Más de una vez pensé en casarme y tener hijos. Pero no saber qué había sido de ti me hundió en una depresión de la que no salí jamás.

A la mañana siguiente, mi madre nos llamó para ir a la cocina a desayunar ya que quería que lo hiciésemos tranquilo antes de que nos llevase hasta el aeropuerto.

La pobre lloraba mucho y a mí me hacía emocionarme también. Sam y ella habían cogido mucha confianza y tenían mucho feeling. Mi madre le decía “mi niño” y en más de una ocasión me dijo flojito, mientras él estaba en el cuarto de baño o en cualquier otro lugar, que ese chico se notaba que me quería mucho y que le encantaría que acabase formalmente con él.

Ya le había contado yo lo que me pasó con Nelson y cómo apareció Sam de repente. Sin dudarlo, ella me dijo que era cosa del destino y que me tenía preparado todo lo mejor para ahora.

En el aeropuerto mi madre lloraba desconsoladamente abrazada a mí y le pidió a Sam que me cuidase hasta que ella volviese para Madrid a quedarse a vivir.

Subí al avión con el corazón encogido, menos mal que tenía a mi lado a ese gran chico que cuidaba

de mí como si fuese su mayor tesoro. El viaje había sido una experiencia maravillosa y todo había salido bien. Pese a la tristeza, estaba relajada y ya había descubierto quién era en realidad y cómo mi vida de algún modo se parecía demasiado a la de mi madre.

Cuando llegamos a Madrid y encendí el móvil tenía un precioso mensaje de mi madre en el WhatsApp.

“Le doy gracias a la vida de que, a pesar de que fuiste arrebatada de mis brazos, te has hecho una muchacha admirable, con todas las cualidades más bonitas que un ser humano puede tener. Deseando verte de nuevo y hablarte, y abrazarte. Te quiere siempre, tu madre.”

Otra vez mi corazón se encogió y empecé a llorar de nuevo. Le di el móvil a Sam para que leyera el mensaje y en esos momentos comprendió mis lágrimas, y me abrazó fuertemente diciéndome que todo esto era el principio de una vida muy feliz que me esperaba.

Sam se negó a dejarme sola viendo lo triste que estaba, así que me acompañó a casa y pasamos el día juntos. Preparé algunas cosas que tenía pendientes del trabajo y me dediqué a intentar animarme, lo mismo que estaba intentando hacer Sam todo el tiempo.

Estábamos viendo una película cuando sonó el móvil. Era Paula, así que le hice señas a Sam para que le diera al pausa.

—Bueno, ¿pero tú para qué tienes móvil? — preguntó enfadada.

—Hola, Paula.

—Hola ni hola. Estoy cansada de enviarte mensajes y no respondes.

—Iba a hacerlo ahora — mentí, los había leído pero no tenía ganas de contestarle y después se me olvidó.

—Mmmm... ¿Todo bien?

—Sí.

—¿Y ya está? ¿Solo un sí?

—Sí, te contaré todo mañana, pero hoy no me apetece — dije no queriendo volver a llorar.

—Y una mierda — dijo y yo empecé a reírme —. Vamos, Marta, no pienso quedarme con la duda.

—En serio, mañana te cuento, estoy agotada, Paula y necesito despejarme.

—Contármelo es despejarte — dijo muy segura de sí misma.

—Paula, que no quiero, no quiero llorar — dije tristemente.

Sam me quitó el móvil de las manos.

—Hola, soy Sam... — escuché cómo ella le decía algo pero no podía oírla —. Sí, todo ha ido muy bien, ella está bien ahora, he conseguido que se relaje y me ha costado lo mío — silencio de nuevo —. Sí, claro. Mañana te llama y te cuenta todo lo que no sepas, no te preocupes, pero ahora es mejor que descanse, ¿no crees? — se mantuvo escuchando — Eso mismo le digo yo, que debe relajarse — puse los ojos en blanco y él sonrió —. Encantado, Paula, espero conocerte pronto. Sí, un beso — y colgó.

—¿En serio? — pregunté estupefacta.

—Es una tía sensata — dijo él.

—Es Paula — le dije como única respuesta.

—Venga, que le doy al play — dijo ignorándome.

Seguimos viendo la peli y me quedé dormida. Me desperté tiempo después y ya estaba la cena preparada. Sam y yo comimos algo rápido y se despidió de mí dándome un beso en la mejilla.

Me acosté tarde esa noche, demasiadas emociones los días pasados. Pero antes de cerrar los ojos, recibí el mensaje de Sam.

“Que descanses, princesa. Y sueña conmigo.”

Sonreí, estaba adorando a ese hombre...

Capítulo 10

Ese lunes por la mañana era diferente. Amanecí con un mensaje de “buenos días” de Sam y otro de mi madre. El parque cobraba vida de nuevo. Paseantes, niños que iban al colegio y coches que buscaban aparcamiento me decían que la vida continuaba.

Me sentía más llena que nunca, pero ya estaba empezando a echarla de menos. Era una sensación muy extraña la que me había experimentado al conocerla. Parecía que habíamos creado un vínculo que ya sería muy difícil de partir. Sabía que era la única persona en la que podía confiar en este mundo y sobre todo la más importante a partir de ahora.

Qué diferencia este día a aquellos en los que estaba hundida en la mayor de las tristezas. Cómo juega la vida con nosotros, cómo el amor llega a ser un problema en nuestras vidas pero cómo ese amor es capaz de curar nuestras heridas con el paso del tiempo.

Y yo sentía que estaba curada gracias al amor de Sam, gracias al amor de mamá. La luz entraba a raudales por la ventana de la cocina y el café me supo a una bendición que yo había buscando a lo largo de toda mi vida.

Estando en el trabajo apareció un chico con un ramo de flores. Melisa no quitaba ojo. Seguramente no tardaría nada en acercarse a mi mesa a cotillear y a sacarme los colores con sus preguntas. Qué jodida era, pero qué bien me caía.

Me quedé impactada cuando preguntó por mí y, casi temblorosa, le dije que era yo. Me lo entregó y esperé a que se fuese para leer la nota ante la atenta mirada de mi compañera Melisa que estaba loca por saber el contenido de la misma.

“Sin buscarlo te has convertido en el amor de mi vida.

Te ama, Sam.”

Estaba en parada cardíaca. Estaba deseando que me dijese algo así y había llegado el momento. Algo en mi interior me decía que esto pasaría tarde o temprano. Melisa me arrancó la nota de las manos y empezó a ponerse a bailar en medio de las dos mesas. A mí me hacía mucha gracia, pero a la vez estaba con un ataque de nervios de la emoción que sentía en esos instantes.

—¿Cómo te lo has callado, puta? — me dijo sin dejar de mover sus caderas con una música imaginaria en su cabeza.

—Cabrona, no te rías de mí.

—No me río. Estoy bailando. Ya era hora de que mojaras y que sentaras la cabeza — volvió a bromear sin dejar de bailar delante de la mirada de otros funcionarios que sonreían.

— Esto yo... — empecé y me callé.

—¿Sí? — hizo un gesto con la mano para que siguiera.

— Aún no hemos follado — susurré.

— Cómo que... Jajaja. ¿En serio?

— Sí, es extraño.

— Bueno, un poco sí, pero así es el amor. Eso sí, espero que no sea una decepción en la cama — empezó a descojonarse.

— Que te den — reí con ella.

— Como te gustaría a ti, ¿eh?

— Ya en serio. No sé qué decir. No sé qué hacer, Melisa — dije yo.

— Pero, ¿qué dices? No lo dejes escapar. Por tu mirada, por tus silencios, por tus comentarios tan discretos, sé que este tío es el hombre de tu vida. No lo dejes escapar. Mátalo a polvos. Es lo que hice yo con Pedro y sigo haciendo. ¿No ves lo alegre que estoy siempre?

—Estás como una cabra. Pero tienes razón. No debo dejarlo escapar. Es un hombre comprensivo y generoso.

—¿Está bueno, verdad?

—Sí, la verdad es que sí. Parece un actor de cine — dije sonrojada, mordiéndome los labios.

—Pues, no te lo pienses. Te lo quitan. El mercado está jodido y no abundan los tíos así — dijo con intención de convencerme, aunque no dejaba de taconear y de mover su cuerpo.

Cuando salí de trabajar me fui a tapear algo y recibí una llamada de mi madre. Estaba muy contenta porque un vecino suyo quería comprar su casa para su hijo y habían llegado a un acuerdo económico.

Firmaría en la notaría en los próximos días, así que me encargaba que, por favor, le buscara una vivienda de alquiler cerca de mi casa y que fuese a un precio bastante asequible ya que para ella sola le venía bien cualquier tipo de apartamento.

—Marta, yo me apaño con cualquier cosa.

—Se lo diré a Sam y buscaremos algo. Pero no te vamos a meter en cualquier sitio.

—Pensaba que este día nunca iba a llegar, hija. He sido muy desgraciada — dijo con un nudo en su garganta.

—Hemos sido muy desgraciadas. Pero ahora todo va a cambiar. Tenemos derecho a olvidar y a ser felices — dije sin olvidar la imagen de Melisa bailando entre las mesas.

—Tienes razón. Hemos sido muy desgraciadas, pero ahora todo va a cambiar. Nos tenemos la una a la otra y eso es lo que importa. No se le puede pedir más a la vida. Yo no necesito más — añadió ella riendo entre lágrimas —, tengo que darte una sorpresa y no quiero que digas que no.

Me dejó impactada, pues me dijo que el dinero de su casa de Tenerife iba a ir íntegro para mí. Quería que yo me comprara una casa y que dejara el alquiler de mi vivienda. Eso me serviría para una entrada bastante gorda y que me quedase con una pequeña hipoteca.

Yo le dije que para nada, que era el dinero de su trabajo y que tenía que disfrutarlo ella. Le molestó bastante mi respuesta porque decía que era de la única forma que podía ayudarme en esta vida y yo le dije que ya me estaba ayudando entrando en mi vida de aquella manera y que con eso era suficiente.

—Mamá, te quiero a ti. No quiero tu dinero.

—Yo solo quiero agradecerte lo que estás haciendo por mí y pagarte de alguna forma ese sufrimiento.

—Hemos compartido el mismo sufrimiento. No me debes nada. No me hagas llorar. Te quiero a ti. Conmigo. Quiero mi tranquilidad y la tuya — dije con un tono amable, pero segura.

Esa tarde fui a una inmobiliaria en la que tenía a una amiga trabajando y le comenté lo del apartamento de alquiler y me llevó a ver una que estaba libre y que había acabado de poner a la venta.

El piso estaba en mi misma calle y era muy coqueto. El precio era muy asequible y además estaba totalmente restaurado, así que le hice unas fotos con el móvil y se las mandé por WhatsApp a mi madre. Enseguida aceptó emocionada quedarse con él y quedó en que al día siguiente enviaría el dinero para la señal.

Esa noche me tiré hablando una hora por teléfono con Sam y no paraba de decirme que reservaba el fin de semana pues me tenía que dar una gran sorpresa.

Eso me emocionó bastante.

Al día siguiente me llamó la chica de la inmobiliaria para decirme que ya había recibido el dinero de mi madre. Eran apenas las diez de la mañana y me hizo mucha ilusión que ella tomara esa determinación de pagar cuanto antes para poder tener su casa y venirse a vivir aquí, a mi lado. Conmigo. La palabra “madre” ya no era una palabra extraña para mí.

Cuando salí de trabajar, me llamó para decirme que al día siguiente firmaba la compra de la casa y que iba a mandar todos sus enseres para Madrid a través de una empresa de paquetería. Se encargaría durante toda la semana de prepararlo todo y el lunes volaría definitivamente para Madrid, así que en esos

momentos me sentía la mujer más afortunada del mundo. Tenía a mi madre y estaba conociendo a una persona tan maravillosa como era Sam.

La semana se me hizo muy corta y, cuando me di cuenta, ya era viernes por la mañana y a mediodía tenía en la puerta del trabajo a Sam esperándome. Yo llevaba mi pequeña maleta de fin de semana ya que nos íbamos a ir a un lugar que yo desconocía. Melisa salió conmigo para cotillear, para conocer al chico que había vuelto mi vida de color de risa. Miró, se presentó, lo besó y, riendo, se metió a la oficina de nuevo a terminar unos informes.

—Miedo me das — le dije a Sam con voz alegre.

—Estoy más nervioso que tú. Me gustas mucho, Marta, mi princesa — dijo él con voz temblorosa.

—Me encanta que me digas eso como hacías con tus primeros mensajes.

Fuimos hacia la sierra de Madrid, a un complejo hotelero lleno de cabañas de madera. Indudablemente teníamos reservada una para pasar un fin de semana inolvidable en aquel precioso entorno rural.

Podía percibir la tranquilidad y el contacto directo con la naturaleza, el lugar tenía mucho encanto, pues era un rincón muy especial dentro de la sierra de Madrid.

Llegamos y deshicimos las maletas, metimos en el frigorífico la comida que llevábamos y nos dimos una ducha para relajarnos. Quería disfrutar de la sierra y todo su encanto pero también me apetecía estar relajada con Sam, sobre todo porque era la persona que más me tranquilizaba al tenerlo cerca.

Por la tarde, con un café en la mano y mientras Sam decía que él cocinaba, salí al porche y me lo tomé disfrutando de la puesta de sol. Era un sitio espectacular y estaba segura que recordaría siempre.

Entré cuando Sam me llamó que la cena estaba lista, había perdido la cuenta del tiempo que pasé fuera disfrutando de esa belleza visual y me quedé de piedra al ver que había pétalos de rosa por el pasillo y el salón. Entré en él y Sam estaba de pie, frente a la puerta, con una gran sonrisa en la cara. Todo estaba decorado con velas y la mesa era lo más romántico que había visto.

—¿Cuándo has hecho esto? — pregunté.

— Mientras estabas ensimismada, le eché la llave a la puerta por si se te ocurría entrar — me sonrió de nuevo.

— Yo... No sé qué decir.

— No tienes que decir nada, ven, siéntate.

Me retiró la silla y me senté, esperé a que se sentara frente a mí y sirviera la cena.

— Espero que te guste — dijo.

No me gustaba, me encantaba, estaba claro que era un gran cocinero.

Estuvimos cenando casi en silencio, solo mirándonos y sonriéndonos de vez en cuando, yo estaba nerviosa y enamorada por todo lo que me había preparado.

Al terminar de comer, se levantó y se acercó a mí, se puso de rodillas y sacó una cajita del bolsillo del pantalón. Yo me quedé con la boca abierta, imaginando lo que iba a ocurrir.

— No sé qué pasó, Marta, o cuándo — empezó —, pero te has convertido en el amor de mi vida. No ha habido ni habrá nadie como tú, eso tenlo por seguro.

Lo sé desde hace tiempo pero no veía el momento de decírtelo — yo ya había empezado a llorar sin dejar de mirar esos ojos que tanto me encantaban —. Te quiero en mi vida — abrió la caja y me enseñó un precioso anillo de oro y piedras —, para siempre. ¿Quieres casarte conmigo?

No pude contestar, tenía un nudo en la garganta. Aparté como pude la silla para ponerme de rodillas frente a él.

— No sé qué hubiera hecho sin ti, me has devuelto la ilusión y la fe en el amor. Claro que sí — rompí a llorar.

Me abracé a él y caímos al suelo mientras devorábamos nuestras bocas. Comenzamos a acariciarnos, dulcemente pero un poco descontrolados, como si lo hubiéramos esperado por mucho

tiempo, cosa que parecía ser cierta, al menos por mi parte.

Nos levantamos y nos desnudamos para caer los dos juntos en el sofá, sin dejar de besarnos y tocarnos.

Estaba deseando de sentirlo dentro de mí y él pareció entender mi desesperación cuando me penetró sin esperar más. Gemí al notarlo y lo miré a los ojos sonriendo.

Hicimos el amor toda la noche, hasta caer agotados, parecía que no nos saciábamos.

— No sabes cuánto te amo — me dijo cuando estábamos en la cama, abrazados y con la respiración aún acelerada.

— Creo que me hago una idea — le di un beso en el pecho y empecé a reírme de repente.

—¿De qué te ríes?

— Recordaba algo que me dijo Melisa cuando le dije que nunca habíamos tenido relaciones — sí, sé que no fue así exactamente pero prefería guardarme el término para mí.

—¿Qué te dijo? — preguntó acariciándome la espalda.

— Que esperaba que no fueras una decepción en la cama.

Dejó de acariciarme y me hizo moverme para mirarlo.

—¿Lo soy? — preguntó muy serio, parecía que había tocado su ego de macho man.

—¿El qué? — me hice la tonta.

— Marta...

— Mmmmm... — me tumbé encima de él —Necesito más pruebas — sonreí.

— Me vas a matar — rio antes de besarme.

Nos dormimos cuando salía el sol y despertamos el día siguiente tarde, nos levantamos después de volver a salir el sol y salimos a disfrutar de ese precioso lugar.

Pasamos un fin de semana inolvidable y volvimos a la ciudad prometiendo que volveríamos allí. Estábamos felices y emocionados, sobre todo yo, deseando de empezar con los preparativos de la boda y convertirme en la esposa del hombre que amaba.

Capítulo 11

Estaba muy nerviosa. Por fin era una realidad aquello que tanto había deseado y que tanto había deseado también mi madre. En aquellos días no pensé en mi padre. En todo este tiempo no lo había hecho.

Preferí no hacerlo. Preferí no pensar en la crueldad de un hombre que fue capaz de hacer lo que me hizo a mí y a su esposa. Sé que el mal no tiene límites y, por respeto a mi madre, no quise averiguar nada sobre aquel ser tan maligno.

Pedí el día libre en el trabajo ya que llegaba el camión con los muebles y enseres de mi madre, y abrí la puerta del apartamento nuevo para que lo pusieran todo allí. Luego me fui al aeropuerto a recogerla.

Al verla aparecer una emoción que no puedo describir con palabras recorrió mi cuerpo. Ya la tendría a mi lado para siempre. Nos abrazamos y volvimos a llorar como dos niñas pequeñas. Hablamos mucho de camino a Madrid. Fuimos a mi casa a comer, antes de ir a la suya a ayudarla a preparar todo.

Mi madre estaba muy emocionada con la noticia de que Sam me hubiese pedido matrimonio y yo estaba muy feliz porque mi vida estaba empezando a cobrar sentido. Empezaba a librarme de todas las pesadillas que me habían acompañado durante toda mi vida.

Por las mañanas, iba a trabajar y a mediodía iba a casa de mi madre a comer, pues ya estaba casi instalada. Un par de noches Sam cenó con nosotros. Sentía en aquellos instantes lo mismo que había experimentado en aquel restaurante de Tenerife. Tenía una familia. Estaba junto a las dos personas más importantes de mi vida.

Y volví agradecer al destino lo que me había regalado. Junto a una taza de café entre las manos, miraba por las mañanas al parque, a sus árboles, a su fuente, e intentaba no reflexionar, sino saborear aquel regalo, aquellas personas que habían venido para quedarse conmigo.

Pasamos el fin de semana con mi madre por Madrid, pero, al caer la tarde, nos ponía una excusa para regresar a su casa y dejarnos solos. Sam se quedó conmigo del viernes al domingo.

Sam y yo habíamos hablado que nos iríamos a vivir juntos a su casa después de la boda y yo abandonaría en alquiler en el que vivía desde que dejé aquel orfanato.

Pasaron las semanas y por fin llegó la Navidad. Eran fechas especiales y todas las tardes salíamos por la ciudad para hacer compras y disfrutar de aquel precioso ambiente navideño que hacía que ese año fuese diferente al resto de todos los anteriores. Las luces, los escaparates, el ruido de las gentes y la alegría de la vida en las calles inundaban mis ojos y mis oídos a cada paso que daba junto a Sam.

—Soy feliz — dije una tarde, mientras caminábamos por Callao.

—Lo sé.

—Soy feliz. Has hecho que mi vida sea diferente y que yo mejore como persona.

—No digas tonterías. Tú no tenías que mejorar. Eres una mujer increíble. A veces decisiones equivocadas llaman a la mala suerte. Todo ha sido un mal sueño, Marta. Que te quede claro. Yo no soy una persona tan importante. Han sido tu valentía, tu necesidad de amar, de conocer a quienes alguna vez te quisieron las cosas que han hecho que estas Navidades sean para mí mi mejor regalo. Te quiero, Marta. Es una frase que me cuesta decir después de mi ruptura — dijo con serenidad, con brillo en los ojos.

—Deja que te bese.

Nos besamos tímidamente mientras la gente avanzaba a nuestro alrededor. Y con la gente giraba el mundo, y también el suyo y el mío.

En poco tiempo, comprobé que mi madre era una dulzura. Nunca se oponía a nada y solía ponerlo

todo muy fácil, pues siempre estaba pendiente de no molestar ni entrometerse en nada que tuviese que ver con nosotros. Siempre apoyaba cualquier decisión que tomásemos. Al mirarla en silencio veía la bondad y el abandono, y eso me conmovía, y eso hacía que la quisiera.

Pasamos la Nochebuena en casa de mi madre ya que había preparado una cena exquisita y había decorado todo de una manera muy especial. Estaba muy feliz y se le notaba que estaba volviendo a recuperar ese brillo que todos tenemos en la mirada cuando nos sentimos contentos con lo que nos está sucediendo.

Para fin de año Sam nos propuso ir a casa de sus padres quienes estaban deseando conocernos a todos. Ya sabían la noticia de que su hijo se iba a casar y sin embargo aún no conocían a su prometida.

Nos trataron con mucho cariño y amor. La madre tenía un regalo para mí, unos pendientes que llevó en su boda. Eran preciosos y me dijo que el día que su hijo se casó por primera vez sabía que aquello no iba a salir bien y, por esa razón, nunca se los entregó a aquella muchacha que le daba mala espina. Sin embargo, este caso, quería que yo sí los llevase. A mi madre le encantó ese gesto y me miró emocionada, con los ojos inundados de lágrimas.

No podía creerme las Navidades tan bonitas que había tenido. La noche de Reyes decidimos que la pasaríamos los tres en mi casa y pusimos todos los regalos envueltos bajo el árbol. Mi madre puso una cantidad increíble. Quería agradecernos nuestra entrega y muestra generosidad. Sam y yo nos miramos muertos de risa por la que había liado con los regalos.

Por la mañana, comenzamos entregándole los regalos a mi madre y estaba muy contenta y a la vez enfadada porque decía que nos habíamos gastado mucho dinero en ella. Pero, cuando vimos lo que ella nos había comprado, le echamos una bronca ya que se había gastado demasiado dinero y nos había agasajado con todo lo mejor.

Todo comenzaba a fluir de una manera muy bonita y entrañable. Yo la estaba haciendo muy feliz y, una vez pasadas las Navidades, tenía la emoción en el cuerpo sobre el tema de la boda. Mi madre me regaló un precioso traje que escogimos entre las dos en Pronovias y pagó la mitad del convite. La otra parte lo hicieron sus padres. Ya estaba todo listo, ya sólo quedaba esperar que llegara ese día.

Epílogo

Era nuestro primer aniversario de boda y nos encontrábamos en la misma cabaña en donde me pidió matrimonio.

Nuestro primer año de vida juntos había sido perfecto, claro que conociendo a Sam, no dudaba de que fuera a hacerme todo sencillo.

Estaba sentada en el porche cuando mi móvil vibró, esta vez con una notificación de un e-mail. Entré en mi correo electrónico y me encontré que era un mensaje de Sam.

Extrañada por una parte pero divertida por otra, ya que estaba un poco acostumbrada a sus mensajes, abrí el documento y empecé a leer la carta.

“Exactamente hoy hace un año que te convertiste en mi mujer. No sabes el miedo que tuve a intentar algo contigo después de lo que había sufrido y sé que a ti también te pasó lo mismo. Es algo inevitable...”

Pero aquí estamos, más enamorados si cabe que el primer día, al menos así me siento yo.

Te he escuchado darme las gracias muchas veces, princesa, y lo que no entiendes es que soy yo quien tiene que dártelas.

Me devolviste las ganas de amar y me demostraste qué era estar enamorado de verdad, me hiciste sonreír de verdad y tener ganas de levantarme y luchar por algo y alguien todos los días.

Tú, con tu ternura, me lo has dado todo.

Ahora soy yo quien te da las gracias por eso y agradezco porque sigas a mi lado.

Nunca dudes de mí porque jamás te fallaré, como sé que tú tampoco me fallarás a mí.

Te amo, Marta, eres todo para mí.”

Me levanté deprisa y llorando al leer el mensaje, era el regalo más bonito que podía haberme hecho.

Entré en la casa y todo fue como un deja vú. Pétalos de rosas por el pasillo y el salón. Miré a Sam a los ojos y lo vi como lo hice un año atrás, sonriendo, solo que con un nuevo brillo en la mirada.

Estaba temblando y no podía acercarme a él. Así que se me ocurrió algo, escribirle un mensaje a él.

Vi cómo leía lo que le había mandado.

“Yo también te amo pero...”

Él frunció el ceño y contestó.

“Pero...”

“Pero tengo algo que contarte.”

Me miró a los ojos y le señalé el móvil para que leyera lo que le estaba escribiendo.

“Amor, estoy embarazada.”

En ese momento su móvil salió volando y él corrió hacia mí, cogiéndome en volandas y dando vueltas conmigo mientras me besaba.

No había pensado darle la noticia así, pero lo hice. Nuestra historia estaba llena de mensajes y todos importantes, así que tenía que ser un mensaje el que lo hiciera partícipe de lo que yo había descubierto el día de antes.

A partir de ese momento, éramos tres...

AGRADECIMIENTOS.

Siempre será por y para vosotros, quienes nos apoyáis en cada nueva aventura que emprendemos. Es todo un honor que nos volváis a elegir una vez más.

Esperamos que disfrutéis de esta historia tanto o más que nosotros cuando la escribimos y que os haga entender qué poco hay entre el amor y la amistad.

Con todo nuestro cariño.

Norah Carter – Monika Hoff – Patrick Norton.